

2502151(h)

MUSEO ARQUEOLOGICO NACIONAL

ADQUISICIONES EN 1919

NOTAS DESCRIPTIVAS

POR EL ILMO. SEÑOR

DON JOSÉ RAMÓN MÉLIDA

MADRID

IMPR. DE LA «REV. DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS»

Olózaga, 1.—Teléfono S. 1.385

1921

MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL

ADQUISICIONES EN 1919

NOTAS DESCRIPTIVAS

POR EL ILMO. SEÑOR

DON JOSÉ RAMÓN MÉLIDA

MADRID

IMPR. DE LA REV. DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS.
Oléaga, 1.—Teléfono 2.1385

1921

ADQUISICIONES DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL EN 1919

NOTAS DESCRIPTIVAS

I

DONACIONES

CABEZA HUMANA, REDUCIDA, procedente del país habitado por los indios jíbaros en la República del Ecuador.—*Donación de Su Majestad el Rey*, a quien fué ofrecida por el señor Vizconde de la Morera. El notabilísimo ejemplar de que se trata, muestra del especial sistema de momificación empleado por los expresados indios para conservar como trofeos y amuletos tales restos de sus enemigos, es doblemente estimable por su importancia etnográfica y por ser en el Museo regio donativo.

Siempre han llamado la atención estas cabezas humanas reducidas, acerca de las cuales se han publicado últimamente dos trabajos importantes: uno del doctor Rivet, médico de la Comisión geodésica francesa del Ecuador, publicado en la revista *L'Anthropologie* (tomos XVII y XIX, 1907-1908), y otro del naturalista español don Enrique de Eguren, inserto en el *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural* (tomo XVIII, 1918).

Las luchas mantenidas por las distintas tribus de indios o con gentes de distinta raza, de quienes se creen ofendidos, son causa de que el jíbaro vengador de la supuesta ofensa corte la cabeza de su víctima para momificarla y ostentarla como trofeo.

El doctor Rivet transcribe los varios nombres indígenas con que son

designadas estas cabezas, y por similitud con la verdadera ortografía fonética, les da el de *tsantsas*.

He aquí cómo describe dicho profesor la momificación y costumbres que con ella se relacionan y que transcribimos de la traducción inserta por el señor Eguren: "Por un corte dado, tanto más bajo mejor, y posteriormente al nivel de las espaldas y casi sobre el pecho por delante, separa el salvaje la cabeza del tronco; inmediatamente, y por una incisión posterior y media que se extiende del occipucio a la base del cuello generalmente, y por excepción mediante doble incisión lateral que llega a la región mastoidea, desprende aquél poco a poco el cuero cabelludo y la piel de la cara de los huesos subyacentes, extrayendo con bastante facilidad todo el esqueleto craneano y facial.

"Esta piel, a continuación, se coloca en agua hirviendo para asepticar los tejidos y cabellos. Al agua, y sin duda con objeto de aumentar su poder desinfectante con la ebullición, añade el indio algunas hierbas selvícolas. Terminada esta operación se dispone la piel sobre un molde de piedra de forma redonda y muy caliente, el que se reemplaza en seguida por otro más pequeño, y así sucesivamente por otros, siendo el último empleado del tamaño de una naranja, mientras que con ayuda de otra piedra tan caliente como aquéllas separa el indio exteriormente la piel como con un hierro; ambos labios son atravesados en tres puntos, y por orificios que se corresponden del uno al otro se ligan con cuidado y mediante hilos, de tal modo de impedir quede la boca abierta bajo la influencia del desecamiento; parece ser que en algunas *tsantsas* se ha tomado con los párpados la misma precaución.—Poco a poco, y bajo la acción del calor, la piel se contrae, endurece y toma una coloración negruzca muy característica. La incisión posterior es cuidadosamente cerrada una vez que se ha quitado la piedra interior. En la duración de este preparado no se emplea más de un día.

El indio jíbaro debe luego celebrar su triunfo con una fiesta, pues de no hacerlo le sobrevendrían mil desgracias, tales como la esterilidad de sus tierras y de sus animales, la muerte suya y de su familia, y se vería inquietado por el alma del difunto hasta que cumplierse las ceremonias usuales, y puede decirse que expiatorias. La primera de éstas es una fiesta llamada *de entrada*, a la que asisten los amigos y vecinos del triunfador, el cual bebe una decocción de tabaco, después de lo cual se somete durante algún tiempo a un riguroso ayuno, no comiendo más que pescado, banana y pájaros matados con cervatana,

y privándose del empleo de la lanza y de toda relación sexual. Entretanto, se siembran los campos de *yuca* y banano, se prepara después con ellas grande cantidad de la bebida fermentada llamada *chicha*, y organizando cacerías se procuran víveres en abundancia para la fiesta grande, a la cual acuden, a veces de puntos distantes, parientes y allegados, ataviados todos con sus galas y adornos. Una vez reunidos, se presenta al concurso el jíbaro con su lanza, ostentando en la mano izquierda la cabeza o *tsantsa*.

Cógela el anciano que preside y la sumerge en una decocción de tabaco, luego en *chicha* y, por último, en agua limpia. Con esta ceremonia termina el ayuno y la expiación del indio, que cuelga la cabeza de un poste de la cabaña.—Hace el panegírico del héroe el anciano, calificándole de jíbaro valiente, capaz para vengar una injuria, y dirige improperios a la víctima y su tribu. Terminada esta arenga, bailan formando cadena, haciendo reverencias ante la cabeza. En comidas y bailes pasan seis días. La cabeza o *tsantsa*, se convierte, según el doctor Rivet, en un verdadero fetiche, que asegura a su poseedor, parientes y allegados, abundancia de bienes, la fertilidad de sus campos, la prosperidad de la familia y de la tribu, la victoria sobre sus enemigos y la inmortalidad.

Según Barreiro, sirven de oráculo, que consulta el indio en ciertos casos. En algunas tribus, para ser admitido en la casta de los guerreros se precisa poseer un *tsantsa*. Cuélganlos de postes en los caminos para que el tiempo los destruya, o, lo que acaso es más frecuente, consérvanlas para adornarse con ellas en fiestas, aniversarios de las victorias y expediciones guerreras. Cuando muere el héroe, los parientes ponen alrededor de su cadáver las cabezas que representan sus hazañas.

El ejemplar que motiva estas líneas es notabilísimo. Corresponde a un hombre de edad madura, en cuya negra y lisa cabellera se advierten algunas canas, y también que fué cortada, como es frecuente en las *tsantsas*, a pesar de lo cual le cubre la frente por completo. Conserva algo de bigote y perilla. La piel está ennegrecida por la acción del fuego, permitiendo apenas advertir el color cobrizo de la raza. La boca se ve que ha sido cosida. A pesar de la momificación y de las alteraciones por ella producidas, el tipo étnico se mantiene. Mide de altura 0,11 metro. La conservación es perfecta.

La reducción de cabezas humanas es todavía practicada por aquellos indios que, defensorés, ante todo, de su independencia, en ella se mantie-

nen salvajes a las puertas de la civilización, hostiles a ella y apegados a las propias costumbres tradicionales. De ésta de la momificación dan cuenta los descubridores y exploradores europeos, y primero y particularmente los españoles. La referencia más antigua da don Agustín de Zárate en su *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú* (Sevilla, 1577), pues hablando de los indígenas que habitaban la región comprendida entre la cordillera y el Pacífico, en el actual territorio de la República del Ecuador, escribe:

“En algunos templos, especialmente en los pueblos que llaman de Pasao, en todos los pilares dellos tenían hombres y niños crucificados, los cuerpos o los cueros tan bien curados que no olían mal y *clavadas muchas cabeças de indios, que con cierto cocimiento las consumen hasta quedar como un puño.*”

Respecto de la antigüedad de los jíbaros (xivaros o xibaros en arcaica ortografía), la referencia de fecha más remota y antecolombina, pues es de mediados del siglo xv, la encontramos en una alianza concertada por el cacique de Macas con el Inca Tripac-Yupanqui para la conquista del reino de Quito. Tales relaciones guerreras no hay duda de que darían lugar a la momificación y conservación de dichos trofeos.

Fijar la fecha de una *tsantsa* o cabeza reducida, precisar si es anterior o posterior a la conquista, es punto sobre el cual no sabemos se haya hecho investigación especial, que solamente sería factible mediante un estudio comparativo de varios ejemplares, los cuales son por lo común raros, difíciles de obtener y no componen en los Museos colecciones numerosas. A la vista de ellos el observador se siente inclinado a considerarlos postcolombinos y en general modernos.

Por otra parte, tanto en América como en Europa, han sido objeto de falsificaciones hechas en laboratorios; pero los ejemplares auténticos se diferencian al primer golpe de vista de los falsos, como lo ha hecho notar el señor Eguren en su notable trabajo.

ÍDOLO MAYA, DE PIEDRA, procedente de las ruinas de Copán (Honduras).—*Donación del señor Conde de las Navas.* El ídolo a que nos referimos, notable ejemplar de la Escultura precolombina de la América central, fué regalada al señor Conde por el doctor don Antonio [A.] Ramírez F. Fontecha, agente especial de la República de Honduras.

Es una estatua labrada en piedra arenisca oscura y en dos trozos, pues la cabeza es pieza aparte. Con ella mide de altura 0,75 metros.

Representa un dios o genio, sentado, como si lo estuviera en el suelo, con las piernas juntas y replegadas sobre el cuerpo, y con los brazos apoyados sobre las rodillas, sosteniendo entre ellas y las manos un recipiente, cuyo hueco es un taladro cónico, propio para colocar un vaso perfumatorio. El personaje ciñe diadema, consistente en una cinta que, sujetando el pelo, dividido en dos especies de moñas, cae sobre la nuca; lleva cinturón, del que pende por detrás una rodela con su guarnición colgante característica, y se adorna con ligas. Pero lo que llama la atención en el rostro es un resalto horizontal que aparece sobre el labio superior, a modo de bigote, y que no lo es, sino una brida o cinta, como se ve también en una cabeza de relieve en estuco, procedente de Palenque, que posee el Museo, y la cual brida, en el ejemplar que describimos, forma a sus cabos sendos círculos sobre las mejillas. Debió esta escultura estar policromada, pues conserva, sobre todo en la cabeza, restos de colores verde y rojo.

No sabremos puntualizar qué deidad es la representada en esta escultura, puesto que de la religión maya no se tiene un conocimiento bastante completo, ni por ello están identificados, en totalidad, las imágenes y símbolos conocidos. Sabemos que el dios que figuraba a la cabeza del panteón yucateca era el creador y personificación del bien, el cual se mantenía en constante lucha con la serpiente, enemiga de los hombres y personificación del mal. A ese carácter de dios luchador puede corresponder el escudo que la imagen lleva colgado mientras se muestra favorable a los hombres, presentándoles el dicho recipiente horadado, en el que acaso se colocaba el vaso votivo o perfumatorio. Y en este punto es oportuno recordar que entre las ceremonias religiosas de los mayas, con ocasión de fiestas y sacrificios expiatorios, estuvieron en uso ofrendas de carne cocida sin sal ni pimienta y bebidas de habas y de pepitas de calabaza, y fumigaciones, quemando copal y tabaco.

Como producción artística, es de notar, en la presente estatua, la estilización característica de la escuela decorativa precolombina de la América central. En ella tienen particular significación las de la antigua y monumental ciudad de Copán, destruída por Hernando de Chaves, lugarteniente de Alvarado, en 1530, y cuyas ruinas, visitadas por Francisco de Fuentes, en 1700, y modernamente estudiadas por Stephens y otros arqueólogos, se hallan en la parte occidental de Honduras, cerca de la frontera de Guatemala, a la orilla del río Copán o Amarillo. Entre esas ruinas, que ocupan grande extensión, se distingue lo que Fuentes llamó el

anfiteatro, y que no es otra cosa que una plaza cerrada por pirámides escalonadas con inscripciones jeroglíficas grabadas; y a cierta distancia se encuentran los conocidos ídolos-estelas de tamaño colosal, cuyas figuras se ven sobrecargadas de atributos, denotando en su estilo singulares analogías con monumentos del Asia oriental.

En cuanto a la antigüedad que pueda asignarse a los monumentos de Copán, según los cálculos hechos por el sabio norteamericano míster Bowditch, para relacionar la era maya con la europea, hay que tener presente que dicha ciudad fué fundada doscientos treinta y un años después de Jesucristo.

ESTATUA EGIPCIA DE GRANITO GRIS, REPRESENTATIVA DEL REY TUTAN-KAMONÚ, DE LA DINASTÍA XVIII.—*Donación de don José E. Marini*, súbdito italiano residente en Alejandría. La presente estatua mide de altura 0,54 y representa al personaje real en pie, sobre un plinto rectangular de 0,042 de espesor, y por la espalda adosado a un pilar, como es corriente en la estatuaria egipcia, con objeto de evitar partes delgadas y frágiles en piedras tan duras como las empleadas por aquellos escultores, para quienes el amplio tocado, los brazos pegados al cuerpo y el macizo conservado entre las dos piernas de las figuras como ésta son otros tantos subterfugios de que se valieron, con el fin de conservar la mayor masa posible de material, tan poco propio para interpretar la forma con entera libertad de cincel, y siendo éste no de acero (que no lo conocieron los egipcios) sino de hierro. Su huella desapareció bajo el prolijo pulimento de toda la superficie del granito llamado gris, el cual propiamente es negro moteado de blanco, y cuyo aspecto suave, unido a su sombrío color y al estilo artístico, produce la impresión de las cosas más características, de la labor y la extraña inclinación estética de aquel antiquísimo pueblo. Si de la técnica pasamos al tema artístico en que se empleó, vemos que la figura responde en un todo a un tipo tradicional y hierático. La figura erguida, en la que se manifiesta, observada con todo rigor, la ley de la frontalidad, tan hábilmente reconocida en este arte por M. Lahu, con el pie izquierdo avanzado, los brazos caídos, se mantiene grave y solemne, como imagen eterna de la realeza, que se confunde con la divinidad, de la que es viva representación sobre la tierra. Faraón aparece desnudo, llevando por única vestidura el *schenti*, o paño listado, ceñido por las caderas; su tocado es el *claf*, también de tela listada, sobre el que resalta encima de la frente la *uraeus* o serpienete simbólica del

curso del Sol; entre las ínfulas de tocado se ven, sobre el pecho, los collares que componen la *osck*; y en las manos lleva sus atributos: en la derecha, la cruz con asa, símbolo de la vida divina, y en la izquierda, un amuleto, que parece ser el *ta*, que indica la protección de la diosa Isis. Del cinto sobresale el pomo de un puñal.

La estatua no lleva inscripción que indique el nombre del rey Tutankhamonú, al que se refiere el donante en la nota que ha enviado. Sin duda la identificación se hizo en el Museo del Cairo, donde existe una estatua idéntica del mismo personaje ¹, y donde fué adquirido como duplicado el presente ejemplar, según nuestros informes.

Tutankhamonú era un hijo de Amenofis III, aquel rey que, dejándose llevar de los sacerdotes de Heliópolis, sustituyó en Tebas el culto de Amón por el antiquísimo de Atonu, el disco solar, reforma religiosa en que persistió su hijo y sucesor Amenofis IV, el rey fanático y eunuco, que tomó el nombre de Khutniamonú. Sucedieron a éste sus yernos, primero Ai o Saaken, luego *Tutankhamonú*, marido de Ankhanaraton. Breve fué su reinado; pero en él se acreditó de político hábil y enérgico. Decidiéndose por el culto de Amón, y fijando su residencia en Tebas, de donde se habían trasladado los anteriores adoradores de Atonu, puso fin a la contienda religiosa mantenida por los sacerdotes de uno y otro dios, la cual no tuvo más fundamento que el antagonismo mantenido entre el Alto y el Bajo Egipto. Dueño de todo el país, recibió públicos homenajes de los pueblos extranjeros. A su muerte estalló la guerra civil, disputándose el trono unos príncipes cuyos nombres no ha conservado la Historia y con los que acaba obscuramente la dinastía XVIII y con ella el primer imperio tebano.

En cuanto al estilo, la estatua en cuestión manifiesta, dentro de los caracteres generales y convencionales de un tipo, por decirlo así, oficial y consagrado, prefijado por el hieratismo, los rasgos particulares y realistas de un retrato. Es indudable que el realismo, tan pujante en la escuela menfita del antiguo Imperio, mantúvose, aunque amortiguado, latente en la escultura icónica tebana, acentuándose algunas veces, como sucedió a fines de la dinastía XVIII a que nos referimos, y en cuyo período, como indica Flinders Petrie, debió avivar al realismo egipcio la influencia del arte griego primitivo, a la sazón potente, sobre todo en la isla de Creta. Los rasgos particulares del re-

¹ La publica M. Maspero en su libro *Egipte* de la colección *Ars una Species mille*, página 760.

trato de Tutankhamonú han sido analizados por M. Maspero al fijarse en la estatua del Museo del Cairo, en cuya fisonomía, en ojos, nariz, boca y mejillas, descubre signos de mala salud. Cree también que esta estatua es de la misma mano que otra de Khonsu, perteneciente también al mismo Museo.

Aparte el aspecto icónico, en el puramente artístico las obras a que nos referimos y, por consecuencia, la que motiva estas líneas, corresponde al momento en que, vencido el movimiento religioso que produjo bajo Amenofis IV la escuela de El-Amarna, continúa y recobra su imperio la escuela tebana. A ella pertenece, pues, nuestra bella estatua, en la que la pureza de líneas y la fineza del trabajo revelan el movimiento precursor de la gran época del clasicismo con que bien pronto se había de mostrar el arte egipcio con Seti I, en la dinastía XIX.

Data, pues, nuestra estatua de Tutankhamonú, del siglo XIV antes de Jesucristo, y es un notable ejemplar que acrecienta nuestra colección de antigüedades egipcias, merced a la generosidad del señor Marini, que con ella ha dado prueba de su amor a España.

DOS REJONES NEOLÍTICOS descubiertos en el cerro de Mataquintos, en término de Corral de Calatrava (antes Caracuel, Ciudad Real).—*Donación de don Abel Yébenes y Monescillo.* Estamos en presencia de dos ejemplares de la industria de la piedra, extraordinariamente raros por su tamaño colosal y por su forma delgada. Pudiera ésta definirse diciendo que son dos *palos de piedra* aguzados. Lo está por sus dos extremos, el mayor y completo, que es de pizarra silúrica, piedra obscura y algo blanda; mide de longitud 0,71 metros, y el diámetro de su grosor por el comedio es no más de 0,045. El otro ejemplar, que llamaremos menor, porque está incompleto, mejor dicho, roto, no siendo acaso lo que se conserva más que la mitad, es también de pizarra silúrica; su longitud llega a 0,45 metros y es tan delgado que su diámetro, por donde más, cuenta 0,025. Se conocen hachas neolíticas hasta de 0,50 de longitud, y son ya excepcionales las que pasan de 0,30, de las que el Museo posee algunos ejemplares; pero todas tienen un grueso proporcionado. Estos otros instrumentos mejor pueden compararse con algunos encontrados en Portugal. Dos, descubiertos en Mafra y existentes en el Museo de la Escuela Politécnica de Lisboa, publicó monsieur Cartailhac (*Les âges préhistoriques de l'Espagne et de Portugal*, pág. 193). Son unos "bastones de piedra" de unos 35 centímetros de longitud. Otro objeto análogo y aún mayor ha publicado el director del Museo Etnoló-

gico de Lisboa señor don J. Leite de Vasconcellos (*Religioēs da Lusitania*, t. I, pág. 397 y fig. 100), que dice lo vió en manos de un particular, "objeto que a no haber sido simbólico no se comprende bien por lo que, en virtud de las ideas de la época, sería tenido", siendo sus dimensiones 1,09 de longitud y 0,16 de anchura. Apunta el mismo señor Vasconcellos que fuera de nuestra península, en Dinamarca, Bretaña y Sicilia, se conocen otros "machados" de piedra igualmente colosales.

Sabemos que en Alemania se han encontrado también instrumentos de piedra análogos a los dichos, y que han sido estudiados y publicados por H. Schumann y Ed. Krause, el primero de los cuales (*Zeitschrift für Ethnologie. Verhandlungen*, 1888, pág. 119) fija el sincronismo de aquéllos con cinceles de piedra indudablemente neolíticos; y examinando su forma aguda por un extremo, su curvatura más o menos pronunciada, su longitud, que varía entre 0,30 y 0,49 y la circunstancia de que junto a la cabeza o parte plana presentan un taladro en sentido oblicuo, cree son rejas de arado.

Dió a conocer los curiosos objetos de Corral de Calatrava don Antonio Blázquez, quien los presentó a la Academia de la Historia y los publicó con una nota en el *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural* (mayo de 1915), donde dice que el hallazgo fué casual, ocasionado por la reja del arado, en una tierra del Cerro de Mataquintos, perteneciente a una de las últimas estribaciones de Sierra Morena, situado a unos cuatro kilómetros del Guadiana y a 1.500 metros al Noroeste de Corral de Caracuel (que es el antiguo nombre de la localidad), hoy Calatrava, a la izquierda del camino que desde este pueblo conduce a Luciana; añade que con esas piezas parecieron "unas piedras de sílice, de forma de pirámides de cuatro centímetros de largo (que se han perdido), las cuales lo mismo pudieran ser puntas de lanza que rascadores"; y luego concreta su juicio en estas palabras: "La fragilidad de la piedra y su poca dureza no permiten suponer que hayan sido herramientas ni afiladores, y lo aguzado de sus puntas y la disposición general más bien dan lugar a creer que se trata de armas."

En el mismo *Boletín* se publicó a continuación (junio de 1915, página 298) otra nota sobre el mismo asunto, suscrita por don Angel Cabrera, quien desde un punto de vista etnográfico y estableciendo comparación con objetos americanos impugna la hipótesis de que sean armas y formula la de que pudiesen ser objetos de carácter religioso, algo como talismanes o varitas de virtudes.

De ambos trabajos se hizo cargo don Pablo Wernert ante la misma

Sociedad Española de Historia Natural, en su sesión de 3 de julio de 1918 (*Boletín* de 1918, t. XVII, pág. 333), señalando la existencia de un notable paralelo entre estos "bastones de piedra" y los "objetos de piedra, iguales en forma y tamaño" que los habitantes del Sahara colocan encima de las sepulturas junto con hachas neolíticas, atribuyéndoles los indígenas valor religioso.

Como se ha visto, la mayor parte de los objetos citados no son comparables a los de Corral de Calatrava, puesto que aquéllos apenas exceden en su mayoría de la longitud y grosor de las hachas y éstos difieren de ellos y de las segundas en ser muy largos y muy delgados. Tan sólo les aventaja en longitud el ejemplar excepcional portugués, que pasa de un metro; pero en cambio es muy grueso. Sólo son iguales, según la referencia del doctor Wernert, los del Sahara.

La diferencia esencial entre los ejemplares anteriormente citados y los de Corral de Calatrava es que aquéllos, por ser gruesos, no pueden en la mayoría de los casos ser abarcados con la mano, mientras que estos otros, a causa de su delgadez, que es lo más extraordinario en ellos, se pueden empuñar perfectamente como una lanza.

Dada esta circunstancia es necesario reconocer que los objetos en cuestión se separan también de aquellos otros que se reconocen como rejas de arado, o, según a opinión de Ed. Krause (*Zeitschrift für Ethnologie Verhandlugen*, 1895, pág. 146), cuñas para hendir piedras o madera. No pudieron, pues, servir de herramientas piezas tan delgadas como las de Corral de Calatrava, las cuales, según indicó oportunamente el señor Blázquez, por la poca dureza de la piedra no eran propias para tales menesteres. Y no pudiendo ser, por su naturaleza y por su forma, instrumentos, no queda, aparte el supuesto infundado de un destino religioso, como se sospecha siempre de objetos prehistóricos cuyo uso se desconoce, más que suponerlos armas, como con buen juicio opinó el señor Blázquez, pero no mazas o macanas, como al impugnar tal opinión apuntaba el señor Cabrera, pues al golpe lateral seco se hubiesen quebrado piezas tan delgadas y relativamente frágiles. Concreto mi opinión diciendo que esos palos de piedra aguzados no han podido ser utilizados más que, impulsándolos en sentido longitudinal, para herir con la punta, y en consecuencia, que son rejonas apropiados para la caza mayor o para la guerra.

Cada uno de ellos está hecho de un trozo largo y delgado, puede decirse que una astilla sacada serrando una losa de piedra, que es como lo están, en opinión del señor Schumann, las citadas rejas de arado. En

éstas, como en nuestros rejonos, se advierte la huella de la sierra de pedernal, que manejada a mano y toscamente, no pudo seguir una dirección perfectamente recta sino ligeramente arqueada. Sin embargo, y dados medios tan imperfectos, denota pericia el haber sacado astillas tan largas y delgadas y el haberlas luego redondeado, aguzado y pulido, valiéndose de cuchillos de pedernal y de piedras suaves. Por efecto de tales procedimientos el ejemplar mayor no es por el comedio enteramente cilíndrico sino que presenta, como no pocas hachas, dos depresiones o planos en lados opuestos, lo cual favorecía, sin duda, el mejor asirlos. Uno de sus extremos, que es la punta del rejón, está más aguzado que el otro. El ejemplar menor, más delgado y cilíndrico, es también más agudo, y por tanto extremó en él su habilidad y posible perfeccionamiento la industria neolítica.

Ya dan muestras de su adelanto las grandes hachas de la provincia de Córdoba que el Museo posee y cuya colección se enriquece ahora con esos rejonos, piezas notabilísimas y únicas en su género, procedentes de esa misma región.

COLECCIÓN DE BRONCES Y DE CINCO HACHITAS DE ORO ANTERROMANAS.
—*Donación de don Horacio Sandars.* Nuevamente debemos dar público testimonio de gratitud a la generosidad del ilustre hispanófilo inglés, que viene acrecentando nuestras colecciones con valiosos donativos de antigüedades descubiertas en nuestro suelo; y es de notar en el caso presente que los objetos que vamos a reseñar fueron adquiridos por el señor Sandars en Londres, en una subasta, con el propósito de reintegrarlos a España.

Corresponden estos objetos en su mayoría a la Edad del Bronce y son típicos de ella, pues consisten en quince hachas, dos puntas de lanza, dos hojas de puñal, una de espada y una curiosísima alabarda. La serie de las hachas ofrece particular interés, porque permite estudiar su desarrollo desde los comienzos de la industria del metal en el período eneolítico, cuando todavía se usan instrumentos de piedra. Diez de esas hachas, seis de ellas de cobre, son de las primeras de metal; hachas planas, cuya forma está tomada de las últimas de piedra. De dichas seis hachas, una procede de Torrijos (Toledo), otra de Olivenza (Badajoz), dos de Villacarrillo (Jaén), otra de Aguilar (Córdoba) y otra de Coruña del Conde (Burgos). Esta última, con el filo recto, pertenece a la Edad del Bronce, y de las anteriores eneolíticas se distinguen, por su tamaño (0,20 de longitud), y su forma trapezial, la de Olivenza y la de Aguilar.

A la Edad del Bronce bien entrada pertenecen otras dos hachas, en las que se ven acentuados los perfiles curvos de los costados y del filo. El mejor de estos ejemplares, que mide 0,14 de longitud y 0,10 de ancho por el filo, trae por nota de procedencia Castillo de Aguilar (Palencia), lo cual, unido a la particularidad que ofrece este hacha de haberle añadido una abrazadera de hierro para sujetarla a un asta, indica que en tiempos muy posteriores al de su fabricación, posiblemente en la Edad Media, fué aprovechada. El otro ejemplar mencionado proviene de Coruña del Conde.

Igual procedencia tienen otras dos hachas de un tipo especial señalado en nuestra Península por don Luis Siret ¹ como extraño a los palafitos y terramares y conjeturando pueda ser originario de la civilización mediterránea. Se caracterizan por tener dos salientes laterales; lo que añadido en otros ejemplares a tener figurado un rostro en la parte superior y plana de su frente, les da carácter antropomorfo o de hacha-ídolo, punto sobre el cual ha escrito a propósito de hachas españolas el señor Bezzemberger ². Del mismo tipo son unas placas de cobre, en figura de hachas, procedentes de Elche (Alicante), que posee el Museo, consideradas por el señor Vives como piezas de intercambio anteriores a la moneda ³.

Las otras cinco hachas de la colección Sandars pertenecen al tipo clásico de talón y dos asas para sujetarlas a sus mangos. Dos de ellas ofrecen la variante de no tener más que un asa. Cuatro de estas hachas provienen de Coruña del Conde, y otra, que conserva en el extremo posterior un muñón o rebaba de fundición, de Pena, en Asturias. Son buenos ejemplares, con nervaduras características de la Edad del Bronce.

Las dos puntas de flecha, con nervio y cabo hueco para enastar, muy perfectas, deben datar de fines de la Edad del Bronce y proceden de Segovia.

A todas las piezas mencionadas supera en interés una hoja de alabarda, por ser este arma de tipo occidental, originario, a lo que se piensa, de España y raros sus ejemplares. Reconócese ya la alabarda entre las armas de pedernal del paleolítico español, y en la Edad de Bronce se destaca entre los puñales, entre los que estuvo confundida. En el Sureste de la Península los señores Siret recogieron algunos ejemplares. El que mo-

¹ *Questions de Chronologie et d'Ethnographie ibériques*, págs. 361 y siguientes.

² Bezzemberger: "Vorgeschichtliche analekten", *Zeitschrift für Anthropologie*, 1908, pág. 760.

³ Vives: "La Moneda en la Edad del Bronce", *Cultural Española*, Madrid.

tiva estas líneas procede de Aguilar (Córdoba) y es excelente. Su forma es la característica triangular y aguda. Su ancha hoja ofrece tres taladros del lado extremo opuesto a la punta, para sujetarlo a un asta de madera perpendicularmente colocada con relación al eje de la hoja. Esta mide 0,20 de longitud y 0,094 en su mayor anchura.

Se relaciona con este arma otra, de la cual acompaña en la colección solamente su reproducción facsímil, que permite juzgar de todos sus caracteres. Es también una alabarda de bronce, pero de otro tipo, porque no es tan ancha y se asemeja más a una hoja de lanza, y tiene para enastarla, en vez de taladros, una abrazadera o enchufe cuyos extremos se repliegan sobre las dos caras de la hoja misma. Su longitud total es de 0,18 y procede de Cuenca.

Pieza capital en la serie de armas es una hoja de espada procedente, según parece, de Linares (Jaén), y de 0,55 de longitud. Es el tipo ancho y plano correspondiente a la primera Edad del Bronce. Sus perfiles, ligeramente curvos por el arranque, le dan cierta analogía con los puñales de Micenas. Como en éstos, la empuñadura, que falta, iba sujeta con clavillos, que en este ejemplar se conservan y son tres, de plata, con sendas cabezas redondas y anchas.

Hay, por último, dos puñales de cobre, larga hoja, poco ancha, de 0,185 y 0,175, procedentes de Villacarrillo (Jaén); los cuales también iban sujetos a sus mangos con clavillos, de los que un ejemplar conserva cuatro de plata colocados en dos líneas verticales y que eran seis en cada uno.

Completan la colección de bronce cuatro que no son ni semejantes ni coetáneos de los reseñados sino bien posteriores, puesto que se trata de cuatro figurillas votivas, como las del Santuario del Collado de los Jardines, de donde también proceden. Dos de las figuras están en un estado de oxidación tal que apenas se percibe sino que una es varonil y que la otra, con mitra, debe ser femenil. Las dos bien conservadas, ambas varoniles, son de tipos distintos: una bien hecha y detallada, con jubón ceñido por un cinturón con broche cuadrado y con el pelo en dos trenzas, extiende los brazos hacia adelante en actitud de plegaria; el otro, figura esquemática y larga, con el sexo muy acusado, tiene también el brazo, que conserva, en igual actitud.

Las hachitas de oro, que ponen brillante remate a la colección Sanders, son cinco pequeñas joyas, que tan sólo miden 0,03 la mayor y 0,016 la menor, sin duda alguna hechas para ser ofrendadas como símbolos o simulacro de los verdaderos instrumentos que representan y proceden de Alcalá del río (Sevilla). Su forma es exactamente la de

nuestra alcotana, puesto que al igual de ella tiene la herramienta aquí figurada dos filos: uno en sentido horizontal, como la azuela, y el otro vertical, como las hachas, lo que le hace propia tanto para el trabajo de albañilería cuanto para el de la tierra. Las tres mayores tienen al comedio un taladro para el astil, y las otras dos carecen de él, dando sólo la forma general del instrumento. De qué tiempo sean y para qué fueron hechas estas joyitas son puntos importantes que dilucidar. Desde luego puede asegurarse que no son coetáneas de las típicas piezas reseñadas de la Edad del Bronce y tampoco parecen corresponder a la del Hierro. Es bien admisible, por el contrario, que sean romanas. La *bipennis*, de origen griego, nos da el tipo a que pueden asimilarse, si bien en ella, tal como la vemos representada en monumentos figurativos, los dos filos están en un mismo plano. Verdad que este es el caso de la *bipennis* usada como arma, pero también lo fué como herramienta y a tal empleo se acomodaba mejor la variante representada por los *presentès* simulacros. Por ello es acaso más asimilable a otro tipo de herramienta romana, la *dolabra fossoria*, usada por los mineros o cavadores que abrían las sepulturas. Y esta circunstancia parece darnos luz acerca de la significación y destino que tuvieron esas diminutas hachitas de oro, pues no parecerá descaminado pensar que tales simulacros sirviesen de ofrendas fúnebres, depositadas por manos piadosas en el sepulcro que mandaron abrir para algún ser querido, a fin de perpetuar el hecho con la representación de las herramientas reales empleadas al efecto.

SIETE EJEMPLARES DE CERÁMICA ANTIGUA.—*Donación de don Antonio Vives*. Representa esta breve serie distintas manufacturas, estilos, épocas y aplicaciones de la cerámica artística en España.

Hay que señalar en primer término tres copas de barro ordinario procedentes de Mahón (isla de Menorca) y de manufactura indígena muy antigua y típica, sobre la que ya llamó la atención el mismo señor Vives¹. Son de forma de tronco de cono invertido, con un plano adicional que señala el frente, decorado por fajas verticales u horizontales con rayas incisas en zizás y dos protuberancias a los lados. Son estas copas, como todas las menorquinas de este tipo, pequeñas, de gruesas paredes y de poca cavida, pues sólo tiene de hondura hasta la mitad del cuerpo de aquélla. Miden de altura 0,08, 0,073 y 0,065.

¹ "El Arte Egeo en España", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, t. XXII, 1910, págs. 400 y 401.

Sigue cronológicamente a estos productos indígenas menorquines un vaso figurativo de tipo cartaginés, procedente de Ubeda (Jaén). Representa un carnero, toscamente modelado en barro basto, lleno de piedrecillas, adornado sobre cada uno de los arranques de las extremidades con un grupo de tres círculos incisos a punzón. El vaso es a modo de botijillo con recipiente sobre el lomo del animal entre las dos asas, y orificio de salida en la boca del mismo. Longitud, 0,25; altura, 0,13.

Otro vaso de finísima manufactura romana, de los llamados de Accos, del género *scyphus*, procede, según parece, de Villafranca de los Barros (Badajoz). Es una copa ligera de barro blanco con una faja ornamental de resaltes elípticos, cubierto con barniz amarillo rojizo. Diámetro, 0,13; altura, 0,09.

Las otras dos piezas, procedentes de las ruinas romanas de Uclés (Cuenca), son *antefixas*, y de distinto carácter: clásico en la menor, completa, e ibéricorromano en la mayor; ambas con el motivo corriente de rostro femenino, encuadrado por la melena y aderezos.

COLECCIÓN DE OBJETOS ROMANOS Y FRAGMENTOS CERÁMICOS ÁRABES.—
Donación de don Anastasio Páramo. Componen el primer grupo de esta colección un vaso de bronce y seis piezas cerámicas, procedentes de Carabanchel bajo. El vaso de bronce es a modo de botella ovoidea, de cuello corto, sin adorno alguno, que mide de alto 0,26. De barro hay un fragmento de relieve, en el que se ve el torso de una figura togada y cinco pesas de forma prismática.

Los fragmentos de loza vidriada, hispanoárabes, son de la época del califato.

DOS LADRILLOS VISIGODOS CON ADORNO EN RELIEVE, procedentes de El Hoyo de Bélmez (Córdoba).—*Donación de don Eduardo Moreno Rodríguez.* Estas dos piezas, que son a la vez material de construcción y elemento decorativo, consisten en dos sectores compañeros, de a cuarto de círculo cada uno, de 0,20 de radio y 0,055 de espesor, destinados a formar parte de la base de un pilar o columna. En el canto semicilíndrico, que había de quedar visible, está el adorno, el cual es de relieve, sacado de molde, como los ladrillos, y consiste en un cordoncillo ondulado.

No fueron éstos los únicos ladrillos visigodos encontrados en aquel sitio: otros cuadrados, con figuras de caballeros, o con palomas simbólicas, y aun otros ornamentales, se hallaron también, y dió a conocer en el *Boletín de la Academia de la Historia* (t. LXXIV, 1911) don Enrique Ro-

mero de Torres, conjeturando deben provenir de alguna basílica. La Academia recibió asimismo en donativo uno de los ladrillos con palomas.

REPRODUCCIÓN DE LA TABLILLA EPIGRÁFICA DE LA SANTA CRUZ.—*Donación de doña Teresa Vegue*. El original se conserva con otras reliquias de la Pasión del Señor, tales como un clavo de la Cruz y espinas de la corona, en la Basílica de la Santa Cruz de Jerusalén, en Roma, erigida por Constantino en 330, y en donde, según se supone, por tradición, depositó Santa Helena dichas reliquias. La presente tablilla, de roble, rectangular, de 0,251 × 0,142, lleva grabada por su cara principal la conocida inscripción, incompleta por ser un fragmento el dicho original, cuyo texto, como se ha hecho notar, concuerda con la versión del Evangelista San Juan (XIX, 19), que por haber sido testigo de la crucifixión es la que se considera más auténtica, y, según la cual, el *titulus* de la Cruz fué escrito en tres lenguas: la hebrea, la griega y la latina. Conforme al uso de la primera, o sea el bustrófedon, empleado también por los griegos algunas veces, aparecen aquí las tres líneas de distintos caracteres, trazadas de derecha a izquierda, torpemente la hebrea y con algún error de copia la griega. Siendo lo que se ve de ésta y de la latina, y según su restitución a la forma usual:

N A Z A P E N V C B

N A Z A R E N V S R

[*Jesus*] *Nazarenus R[ex Judæorum]*.

La B griega es inicial de βασιλεύς.

Por la opuesta cara lleva grabada la tablilla la auténtica del original, según Bula confirmatoria del Papa Alejandro VI, dada en Roma a 29 de julio de 1496.

II

ADQUISICIONES DEL ESTADO

COLECCIÓN DE ANTIGÜEDADES, PROCEDENTES EN SU MAYOR PARTE DE LA NECRÓPOLIS IBÉRICA DE TUGIA (TOYA), DESCUBIERTA EN EL CERRO DE LA HORCA, EN TÉRMINO DE PEAL DE BECERRO (JAÉN).—Esta colección ha sido adquirida de don Tomás Román Pulido, médico de Villacarrillo, quien la formó llevado de sus aficiones arqueológicas. La constituyen casi en totalidad y le prestan interés los objetos recogidos en una necrópolis, en la que servían de urnas cinerarias vasos italogriegos y vasos ibéricos, por cuyos caracteres se ve que corresponde al siglo IV antes de J. C. El descubrimiento fué casual, y lo hicieron gentes rústicas al levantar una piedra cuyo hueco les facilitó acceso a un recinto, donde la abundancia de vasos excitó su codicia. Luego se practicaron exploraciones con fines arqueológicos. Estas permitieron apreciar que las tumbas son construcciones de piedra, cubiertas por el sistema adintelado, y cuyas cámaras cuadradas o rectangulares ofrecen, como las etruscas, junto a sus paredes, un zócalo o poyo corrido en el que estaban alineadas las urnas cinerarias. Son, pues, tumbas colectivas y responden al rito de la cremación. No son únicas en Andalucía, pues al mismo género pertenecen las de Galera (Granada), de que dimos cuenta el pasado año ¹, y las descubiertas por el señor Siret en la provincia de Almería. En todas ellas, a las urnas acompañan otros vasos, griegos, italogriegos, cartagineses e ibéricos, objetos de metal, hueso, vidrio y piedra, conjunto que revela una fase interesante de la civilización de la Tartesia, cuando los cartagineses difundían en ella la del Oriente.

¹ *Adquisiciones en 1918*, pág. 12.

Al comercio cartaginés se debe la importación a nuestro suelo de vasos italogriegos de las fábricas de Tarento o de Ruvo, en la Apulia, las cuales los produjeron desde mediados del siglo IV hasta mediados del III, antes de J. C. Uno de esos vasos, una hermosa crátera báquica, procedente de esta misma necrópolis, de Cerro de la Horca, adquirió el Museo el año pasado ¹.

De la misma fabricación, forma y asunto hay aquí otras ocho cráteras de tipo *oxibaphon*, cuyas figuras báquicas son rojas y blancas (véase lámina I), dos *kylis* con figuras rojas, y seis barnizados de negro.

Sin duda, los alfares tartesios imitaron las formas griegas, y a ello se deberán tres cráteras semejantes a las genuínas, pero sin pintura alguna ni barniz. La imitación es poco afortunada en una crátera y mejor hecha en un *kelebe*.

Estos vasos debieron utilizarse como urnas cinerarias.

Otro grupo de 26 vasos extraños es el de manufactura que deberemos considerar cartaginesa, a juzgar por las formas, pues son vasos altos, de boca acampanada, y ánforas, todos decorados con zonas lineales rojas, y en varios, negras y rojas (véase lám. I). La mayor de las ánforas mide 0,60 de altura.

El núcleo principal de la colección lo compone la abundante y variada serie de vasos ibéricos. No pocos de ellos vinieron al Museo en fragmentos, cubiertos de tierra, que, limpiados y hábilmente restauradas las piezas, lucen hoy en su pristina forma y con su decoración pintada característica. Sobresalen por su tamaño dos grandes tinajas de tipo *pithos*, de forma oblonga, sin pie de sustentación, de ancha boca, con reborde plano, de 0,80 de altura (véase lám. II). En ambas la decoración, pintada con color rojo, cubre por completo la superficie, y consiste en zonas de semicírculos concéntricos y fajas de líneas ondulantes. Otra tinaja menor, de análoga forma, y de 0,55 de altura, se adorna también con zonas de semicírculos y circulitos. A estas tres piezas grandes hay que añadir 27 pequeñas, de los tamaños y formas corrientes, en la cerámica ibérica de Andalucía, esto es, vasos de cuerpo cilíndrico, vasos esféricos u ovoideos, etc., con la misma decoración de motivos curvilíneos, semicírculos o líneas ondulantes en sentido vertical (véase lám. III).

Otro grupo complementario y numeroso es el formado por 32 platos pequeños, en los que la decoración es muy sencilla.

¹ *Adquisiciones en 1918*, pág. 13.

No solamente se hallaron en dichas sepulturas vasos pintados de tan distintos estilos y manufacturas, sino también vasos sin decorar, todos, o casi todos, de manufactura ibérica. Sobresalen, entre ellos, las urnas cinerarias, entre las que se cuentan 36 de barro rojo y tres negras. También hay 24 platos y aun vasos de otras formas, de barro negro, 106 platos y algunas piezas más de barro rojo. Son curiosos unos soportes de vasos, circulares.

La cerámica, tan variada y abundante como puede apreciarse por la simple reseña que queda hecha, es lo que predomina en la colección, siendo poquísimos los objetos de piedra, oro y bronce, y algo mayor el número de los de hierro.

Son de piedra caliza tres urnas cinerarias en forma de caja, paralelepípeda con cuatro pies, dos sin moldura ni adorno alguno, una de ellas con tapa y otra moldurada con un festón de ovarios en el borde de la tapa.

También de caliza es la única escultura que se registra en la colección: es una pequeña figura de toro, en pie, de arte ibérico, ejemplar estimable. Mide 0,21 de altura y 0,34 de longitud.

Entre los objetos de bronce el más importante es un casco ibérico, de forma semiesférica, con un remate redondo y cubrenuca, como el que se conserva en la Academia de la Historia. Este otro del Cerro de la Horca, desgraciadamente, está roto; pero aun así es un ejemplar muy estimable. Como en todos los ajuares funerarios, no faltan en éste las fíbulas, por cierto del tipo hispano, como la de la dama de Elche. Algunas piezas de cinturón, hebillas y otros objetos, completan la serie de bronces.

La de objetos de hierro, por estar éstos muy maltratados y no pocos incompletos, desmerece mucho; pero debemos señalar trozos de ruedas y otros accesorios de carros de guerra, tres bocados de caballos, algunas armas, y con ellas, fragmentos de espadas falcatas y utensilios varios.

Las alhajas, en corto número y distintas, no dejan de ofrecer interés. De plata hay una especie de brazalete con los cabos en forma de bellota, y un anillo *torquis*. De oro, la pieza mejor, es un glandes achatado, para collar, del tipo de los de la dama de Elche, labrado, con hojarasca en fondo granulado; es de oro bajo y, posiblemente, obra de la orfebrería cartaginesa. Hay también cuatro pendientes de oro, que no forman juego; pero todos de la forma impropia llamada de navecilla, huecos. Añádense a estas piezas otras cuatro, también de oro: un arete, adornado con tres grupos de a tres bolitas, equidistante; un anillo formado por cuatro nervios, y dos cuentas de collar, una agallonada.

Cuentas de collar de piedras duras, de vidrio de colores, forman con las mencionadas piezas de metales preciosos el reducido conjunto de adornos personales que se ha conseguido de dicho ajuar funerario.

De vidrio hay un curioso vaso ovoideo azul y tres ungüentarios.

Con esta colección, que representa el interesante cuadro arqueológico de unas sepulturas ibéricas de la Tartesia, han venido algunos objetos que, evidentemente, no proceden de ellas, sino que son anteriores unos y posteriores otros. Se trata de instrumentos de piedra, neolíticos: 23 hachas y 34 fragmentos de pedernal; de armas de la Edad de Bronce, cuatro hachas planas, dos hojas de lanza y tres puntas de flecha. Y los objetos posteriores a los ibéricos son romanos, siendo entre ellos de notar 36 vasos de los llamados saguntinos.

Por último, forma parte también de la colección adquirida, un interesante monumento epigráfico, cuyo texto era ya conocido, habiéndolo incluido el profesor Hübner en el *Corpus*, con el número 3.329. Se hallaba al pie de la Torre de Toya.

Es una lápida de piedra caliza, de 1,50 de longitud y 0,57 de altura. La inscripción con los complementos de Hübner, es ésta:

79.370 - *Primer*
 L · POSTUMIVS · Q · F · SERG · FABVLLus flAMen
 AVGVSTORVM · PROVINC · HISpaniae cit triB · Mil
 LEG · VII · II · VIR · COLONIAE · SAIARIAE · ET
 MANLIA · L · F · SILANA · FLAMINICA
 EIVSDEM · PROVINC · D · d.

DOS COLUMNAS MILIARIAS PERTENECIENTES A LA VÍA ROMANA, QUE EXISTIÓ ENTRE MADRID Y SEGOVIA.—Recientemente, al abrir un camino que conduce desde la estación del ferrocarril, en Cercedilla, al puerto de la Fuenfría, fueron encontradas, en un monte de la propiedad del Estado, dos columnas miliarias con sus inscripciones, pertenecientes a la vía romana que existió entre Madrid y Segovia. Hechas las gestiones convenientes, por la dirección del Museo, en él ingresaron dichas dos miliarias, por Real orden de 3 de julio de 1919.

Son de distinto tamaño, y ambas de granito muy gastado. La mayor, que conserva parte del plinto cuadrado de que arranca el fuste cilíndrico, mide de altura 1,40; la menor, 0,93.

Se hallan hoy tan deterioradas estas miliarias, que apenas si en la mayor se adivinan con trabajo algunas letras. Cuando estaban en mejor

estado las vió don Antonio Blázquez, al hacer su estudio de la dicha vía romana, y publicó¹ la siguiente interpretación del borroso epígrafe:

VSPNL QILV
CIDII D : AVG · TRIB
C VII...

Al propio tiempo publicó el padre Fita distinta lectura, atribuyendo el miliario a Trajano. Parece tener, sin embargo, más visos de certidumbre la opinión en que se ha mantenido el señor Blázquez² de que dicho miliario sea de Vespasiano.

El epígrafe de la columna pequeña está ilegible.

¹ *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. LVIII, 1911, págs. 142 y 147.

² *Memoria de... las... excavaciones practicadas en el año 1918*.—Madrid, 1919.

estado las vió don Antonio Blázquez, por hacer un estudio de la dicha
 vis romana y publicó la siguiente interpretación del portoso epigrama:

VSPNI QIV

CIDII D : AVC · TRIB

C VII...

Al propio tiempo publicó el padre Fita distinta lectura, atribuyendo
 el misterio a Trajano. Faltos tener, sin embargo, más visos de certi-
 dumbre la opinión en que se ha mantenido el señor Blázquez, de que

III

ADQUISICIONES HECHAS CON LA CONSIGNACION DEL MUSEO

CUATRO VASITOS GRIEGOS PRIMITIVOS Y NUEVE CHIPRIOTAS.—Este cu-
 rioso grupo de piezas cerámicas, procedentes del Mediterráneo, donde el
 comercio difundió durante la antigüedad, los frascos de la perfumería
 oriental y demás vasillos de tocador, nos dan una muestra de estos pro-
 ductos en dos épocas distintas del monopolio de ese comercio: primero,
 los griegos antehistóricos, los de la epopeya, cuando la poderosa marina
 del rey Minos de Creta era dueña del mar; después los fenicios, el pue-
 blo comercial por excelencia, y, en particular, los chipriotas, aparecen
 aquí representados por estos pequeños vasos. Cuatro de ellos deberán
 proceder de los alfares cretenses anteriores al siglo XII antes de J. C.
 Dos de estos vasos de arcilla grisácea son frascos oblongos y achatados,
 con los costados erizados de picos, de 0,118 y 0,150 de altura, el primero
 a modo de anforilla, con dos protuberancias por asidero; el otro, con do-
 ble remate superior, uno en el cuello del vaso y otro una figurilla barbada,
 esbozada con el palillo; además, ambos llevan ornamentación rectilínea
 pintada, de negro en aquél y de rojo en éste.

Los otros dos vasos cretenses son figurativos: uno representa un
 toro y suple a la cabeza la boca trebolada del frasco; es de arcilla clara
 y lleva ornamentación geométrica de color rojo; y el otro ejemplar, espe-
 cie de botijillo, representa un pato; es de barro rojo, con un revestimien-
 to grisáceo, y lleva ornamentación negra. Miden de longitud 0,13 y 0,15,
 respectivamente.

En cuanto a las piezas chipriotas, cinco de ellas, un *ariballos* esférico, una *prosopota*, una *skyphos* y dos *páteras*, con fina ornamentación de zonas lineales y círculos concéntricos, son, en miniatura, los vasos grandes conocidos de la cerámica grecofenicia, producida en la isla de Chipre, en el siglo VI antes de J. C.

Más antiguos parecen dos vasos esféricos de largo cuello y boca alargada en sentido oblicuo, como los primitivos vasos de Troya, con ornamentación negra y roja.

Completan el grupo un anforilla arcaica de barro gris y un frasco esférico con largo cuello de barro rojo.

TORO IBÉRICO DE PIEDRA, PROCEDENTE DE LA NECRÓPOLI DE TUGIA.—Es una escultura en piedra caliza. Representa al toro echado sobre un plinto, y le falta la cabeza. Reproduce un tipo tradicional consagrado, con rasgos del arcaísmo orientalista, y los caracteres propios del arte ibérico. Mide 0,52 de longitud y 0,32 de altura.

Ejemplar estimable, viene a aumentar la colección que el Museo posee de esculturas de esfinges, toros y leones, de la simbología ibérica.

JARRÓN ÁRABE GRANADINO DEL SIGLO XV.—Es un notable ejemplar, aunque por desgracia falto de cuello y base, y lo que del cuerpo esférico del vaso se conserva está roto y pegado. De barro rojo y de buena manufactura, su pulida superficie se ve decorada con seis zonas de ornamentación de relieve, hecha por medio de estampillas, con bastante precisión, casi siempre, para formar series continuas de motivos. Estos son, en la primera zona, a modo de graciosos atauriques; en la segunda, elegante lacería y una arquería abierta a punzón, interrumpida sólo en un recuadro en el que se ven grabados un espino entre dos antílopes afrontados; de nuevos y ricos ornatos en las tres siguientes, llevando, además, la inferior la inscripción repetida الله [El], [El] Imperio¹, y la última, de lacería. Mide de circunferencia 1,72 (véase lám. IV).

TINAJA DE BARRO, MUDEJAR, PROCEDENTE DE VILLACARRILLO (JAÉN).—Según noticias del primer poseedor de esta curiosa pieza cerámica, fué ésta encontrada a 1,50 de profundidad, en el sitio llamado "Olla del Pe-

¹ Traducida por el señor Revilla.

dregal", en término y a unos dos kilómetros de Villacarrillo ¹. Es una tinaja de manufactura ordinaria, de barro amarillento grisáceo, de paredes gruesas y decorada con estampillas. Su forma es la de sus congéneres, oblonga o esférica, alargada por la base, con cuello corto y recto, con un nervio en la zona de arranque del mismo, y dos protuberancias rectilíneas a modo de asideros, rotos. Las estampillas que decoran por zonas sucesivas casi toda la superficie exterior, puestas con descuido, son cuadradas y corresponden a dos motivos: la estrella de Salomón y las aspas que, coincidentes, forman rombos. Mide de altura 0,75, y de circunferencia, 1,75 (véase lám. IV).

BUSTO DEL CONDE DE ARANDA, EN LOZA DE ALCORA.—Esta pieza, verdaderamente representativa de la famosa manufactura cerámica de Alcora, ha venido a enriquecer nuestra colección en los momentos en que tales productos de la industria artística nacional son más estimados, y el señor Conde de Casal, experto coleccionista de ellos, ha publicado una completa *Historia* ², de tan selecta cerámica. Puntualiza, como antes el señor Riaño en su libro *The Industrial Arts in Spain*, que la fábrica fué fundada en 1727 por el Conde de Aranda don Buenaventura Pedro de Alcántara Jiménez de Urrea y Abarca de Bolea, y que su hijo y sucesor don Pedro Pablo, el célebre ministro de Carlos III, la engrandeció y dió nuevo campo a la manufactura desde 1749 hasta 1798, fecha en que pasa la fábrica a depender de la casa ducal de Híjar. Las tres épocas que marcan, sucesivamente, esos tres patronos, son, según el señor Conde de Casal, las que se señalan en la tres fases de la producción: la primera, de loza; la segunda, de porcelanas, y la tercera, que es la de la decadencia, de tierra de pipa, si bien continúan fabricando de unas y otras de aquélla, y advirtiéndose en cada época características peculiares de estilo. Se dice todo esto aquí, como datos esenciales y nuevos de clasificación, siempre útiles. Sin entrar en más detalles de técnica y de variedad de productos, alfarerías y obras escultórico-decorativas, vengamos a tratar de una de éstas, la que motiva estas líneas, la cual corresponde a la segunda buena época de la fábrica.

El busto es del Conde de Aranda don Pedro Pablo Jiménez de Urrea, mariscal de Campo de los Reales Ejércitos, famoso ministro de Carlos III. Aparece con coraza, honrándose con el Toisón de Oro, la placa de

¹ Da noticia su anterior poseedor, don Tomás Román Pulido, en la revista *Don Lope de Sosa*, núm. 66. Junio de 1918.

² Conde de Casal, *Historia de la cerámica de Alcora*. Madrid, 1919.

la orden de *Saint-Esprit* y manto forrado de armiño, sujeto sobre el hombro izquierdo, al modo romano. Es de loza vidriada de blanco. El estado de conservación es perfecto. Mide de altura 0,455 (véase lám. V).

Otro ejemplar de este busto existe en el Instituto de Valencia de don Juan.

COLECCIÓN DE MEDALLAS FORMADA POR EL SEÑOR DON LUIS TORRES ACEVEDO ¹.—Consta esta colección de 139 piezas, entre las cuales hay dos condecoraciones, un jetón; siendo las demás medallas 33 de ellas extranjeras y 100 españolas, que enriquecen las series del Museo con 60 ejemplares que no existían en el mismo, y las demás que resultan duplicadas, pues las múltiples, que son en número muy escaso, permitirán exponer muchas piezas por ambas caras.

Salvo cuatro, corresponden estas medallas a los siglos XIX y XX, y merecen especial mención, entre las españolas, la dedicada por la Maestranza de Caballería de Zaragoza a conmemorar el casamiento de sus majestades don Alfonso y doña Victoria, obra de Palau; las series conmemorativas de los centenarios de Calderón de la Barca, del Descubrimiento de América, de Velázquez y de las Batallas de las Navas y de Bailén. Las medallas llenan huecos en nuestra colección que se hacían sensibles; así figuran las de Federico Rubio, Ramón y Cajal, Echegaray, Fortuny, etc.

De las extranjeras descuellan, por su interés histórico y artístico, las que conmemoran la toma de Boston por el ejército de Washington, la de la Exposición de Viena de 1873, la de los emperadores de Méjico Maximiliano y Carlota, y la de la Exposición del Centenario de la República Francesa (1889) con la efigie del presidente Carnot.

PIEDRA GRABADA, DESCUBIERTA EN LARACHE.—Preténdese localizar el legendario *Jardín de las Hespérides* en el sitio llamado *El Shemiz*, en Larache, perteneciente a la zona española de Marruecos. Sin duda abona esa imaginativa reducción geográfica la circunstancia de que en tal sitio se han descubierto de vez en cuando antigüedades, hecho del cual, como asimismo de los datos históricogeográficos, se deduce que lo que allí existió de cierto fué *Lixus*, colonia romana perteneciente a la Mauritania Tingitana, que desde la modificación administrativa de Diocleciano formó parte de la diócesis de España. Una de las antigüedades allí descubiertas fué la piedra grabada que motiva estas líneas, la cual fué ad-

¹ Datos de don Casto María del Rivero, oficial de la Sección III del Museo.

quirida por don Adriano Rotondo Nicolau, dignísimo individuo del Cuerpo consular, ya difunto, que se ocupó de ella en un escrito dirigido a la Academia de la Historia, al ofrecerle una impronta de tan precioso objeto, y que se publicó con un informe de quien esto escribe ¹.

El objeto en cuestión, adquirido al fin por el Museo, es un entalle o grabado en hueco para sellar, en cornelina, de forma que llamaríamos rectangular si no estuviese redondeada por donde en otro caso tendría los ángulos, y que mide 0,021 por 0,015. El asunto grabado es un busto de perfil hacia la izquierda, de un dios marino, barbado y con melena, cuyos rizos desordenados se escapan de un caracol que ciñe su cabeza a modo de yelmo. Por su carácter, esta cabeza parece, más bien que la del Poseidón griego o Neptuno romano, la de Nereo, el viejo profético del mar, o de Consus, deidad latina identificada con Neptuno. Nereo fué quien reveló a Hércules cuando, al pasar este héroe de España al Africa, se proponía la conquista de las manzanas de oro de las Hespérides, dónde se hallaba aquel maravilloso jardín. Esta tradición acaso justifica la imagen grabada en ese sello, usado en la antigua ciudad existente en tal sitio.

El carácter artístico del grabado se nos muestra en relación con el estilo helenístico en que se distinguieron las escuelas escultóricas de Pérgamo y de Rodas por los siglos III y II antes de J. C. Creemos, pues, que este entalle es obra griega. Lo que tenemos por añadido para prestarle valor, como muchas veces se ha hecho, es el nombre del grabador griego Pirgoteles, famoso por haber grabado el retrato de Alejandro. Dice así el epígrafe:

PYPGOTELE

en vez de

ΠΥΡΓΟΤΕΛΗΣ

La piedra está montada en una sortija de oro, moderna.

IDOLO AZTECA, DE PIEDRA VOLCÁNICA, hallado en las ruinas de un templo, en la calle de Santa Teresa, en Méjico.—Es una estatuita de 0,22 de altura, que representa un personaje diademado de rodillas, con la mano derecha sobre el pecho y el antebrazo izquierdo levantado. No podemos precisar qué dios del panteón maya es el aquí representado. De rodillas y con el brazo izquierdo levantado aparece en el código Borbón, de París, el dios *Oxomoco*, que es uno de los que, según las

¹ Véase *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. LXIV, 1914, págs. 291 y 293.

tradiciones religiosas, habían enseñado a los hombres los ritos mágicos en los que la sugestión y el magnetismo se practicaban para curar enfermedades y conjurar los maleficios. Acaso la presente imagen sea de ese dios mago más bien que de su compañero *Cipactonal*, que con él comparte dichos poderes sobrenaturales. Como escultura, es de tosca labor, falta de detalle y obra cuyo mérito está en su carácter.

DOS PIEZAS DE UN BROCHE DE FILIGRANA DE PLATA Y CRISTAL.—Figura una de las piezas un vistoso lazo de cinta de encaje, sembrada de piedrecillas (de imitación) de colores; y la otra pieza, de caída o joyel, lo forma un sol grabado en cristal, con cerco de piedras encarnadas y llamas de plata, que estuvieron doradas, como la dicha cinta. Long. del lazo, 0,086. Diám. del sol, 0,058. Corresponde este broche al gusto de la primera mitad del siglo XVIII.

BARAJA DE 1760.—Está incompleta, pues sólo consta de treinta y cuatro naipes, de 0,120 por 0,062, estando faltos los cuatro palos, que son los de la baraja española; a pesar de lo cual, los letreros que llevan algunas cartas están en un francés adulterado, de donde pudiera deducirse que sea éste un ejemplar de los de la baraja española fabricados fuera de España, que, como es sabido, se hizo en el Mediodía de Francia, en Lyon y Toulouse; y, por otra parte, encontramos gran semejanza entre estos naipes y unos suizos, también con letreros en francés, de la colección Apeles Mestres, de Barcelona. El dos de copas en nuestro ejemplar lleva un escudo de tres lises.

El procedimiento por el cual están ejecutados los naipes que motivan estas líneas es el estampado y la iluminación por medio de patrones, al modo oriental. El dos de oros lleva en una cinta la marca del fabricante y fecha: *N.ºs Conver 1760*. Tiene esta baraja nueves, reyes, reinas, caballos y sotas (en una se lee: *Valet d'Éppe*), y, además, figuras extrañas, como son *La Papesse*, *L'Empereur*, *L'Impératrice*, *La Maison Dieu*, la Rueda de la Fortuna, la Luna, la Muerte, con el núm. XIII; todo lo cual nos da a entender que esta baraja debió hacerse con el fin de que sirviese tanto para jugar como para la cartomancia.

LIBRO CHINO EN PAPEL DE ARROZ, CON PINTURAS.—Consta de doce hojas, pequeñas, de 0,130 × 0,094, con figuras de reyes, príncipes, mandarines, lujosamente vestidos, delicadamente miniadas.

El número de objetos en que por los expresados conceptos se ha enriquecido el Museo en 1919, es de 592.

tradiciones religiosas, hablan enseñado a los hombres los ritos mágicos en los que la sugestión y el magnetismo se practicaban para curar enfermedades y conjurar los males. Acaso la presente imagen sea de ese tipo más bien que de su compañero Cyprien, que con él comparte dichos poderes sobrenaturales. Como escultura, es de losa la-... falta de detalle y obra cuyo mérito está en su carácter.

Los piezas de la colección de ELLERRE DE PLATA Y CRISTAL.—Figura una de las piezas un vistoso lazo de cinta de encaje, sembrada de piedras cilíndricas (de imitación) de colores; y la otra pieza, de esmeralda o joyel, la forma un sol grabado en cristal, con cerco de piedras encarnadas y llamas de plata, que estuvieron doradas, como la dicha cinta. Long. del lazo, 0,08. Dím. del sol, 0,08. Corresponde este broche al gusto de la primera mitad del siglo XVII.

BARAJA DE 1760.—Esta incompleta, pues sólo consta de treinta y cuatro naipes, de 0,130 por 0,062, estando faltos los cuatro palos, que son los de la baraja española; a pesar de lo cual, los letreros que llevan algunas cartas están en un francés adulterado, de donde pudiera deducirse que sea este un ejemplar de los de la baraja española fabricados fuera de España, que, como es sabido, se hizo en el Mediodía de Francia, en Lyon y Toulouse; y por otra parte, encontramos gran semejanza entre estos naipes y unos naipes, también con letreros en francés, de la colección Apoles Mestres, de Barcelona. El dos de copas en nuestro ejemplar lleva un escudo de tres lienzas.

El procedimiento por el cual están ejecutados los naipes que motivan estas lienzas es el estampado y la iluminación por medio de patrones, al modo oriental. El dos de oros lleva en una cinta la marca del fabricante y fecha: W. Conner 1760. Tiene esta baraja naipes, reyes, reinas, caballeros y sotas (en una se lee: Valet d'épée), y, además, figuras extrañas, como son La Papasa, L'Empereur, L'Imperatrice, La Maison Dieu, la Rueda de la Fortuna, la Luna, la Muerte, con el núm. XVII; todo lo cual nos da a entender que esta baraja debió hacerse con el fin de que sirviese tanto para jugar como para la cartomancia.

LIBRO CHINO EN PAPEL DE ARROZ, CON PINTURAS.—Consta de doce hojas, pedregales, de 0,130 X 0,094, con figuras de reyes, príncipes, mandarines, injosamente vestidos, delicadamente miniadas.

El número de objetos en que por los expresados conceptos se ha enterado el Museo en 1919, es de 52.

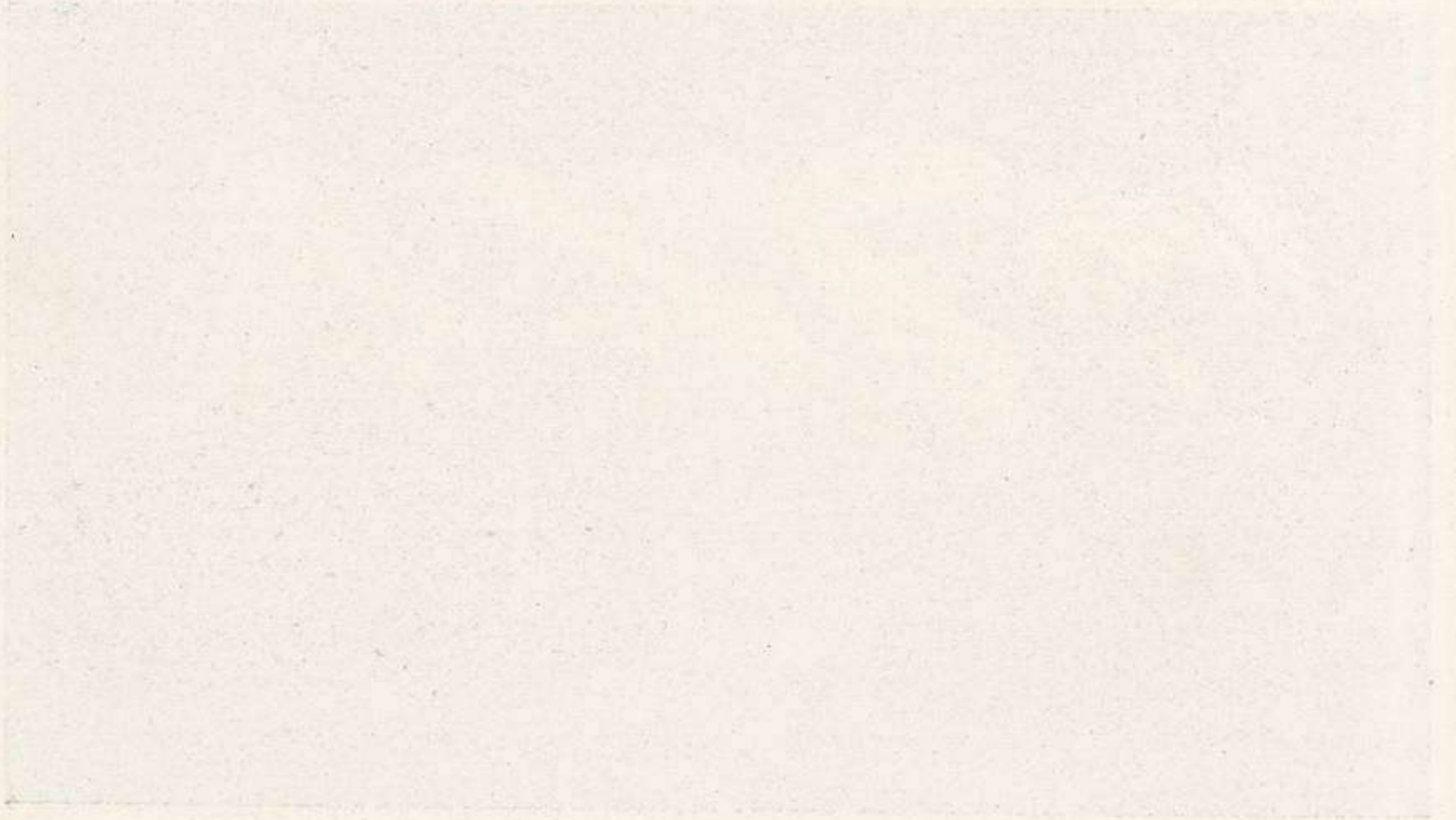
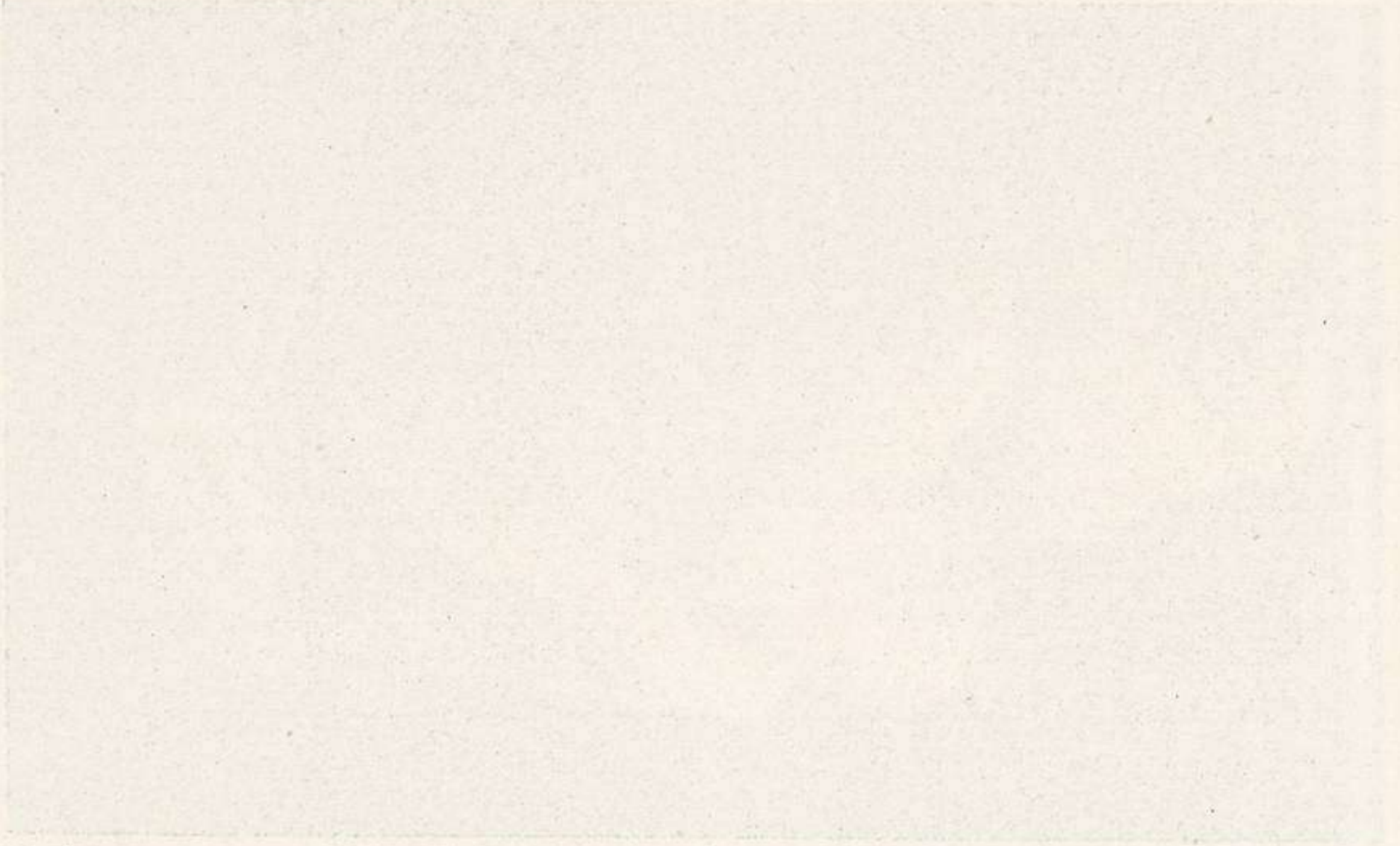


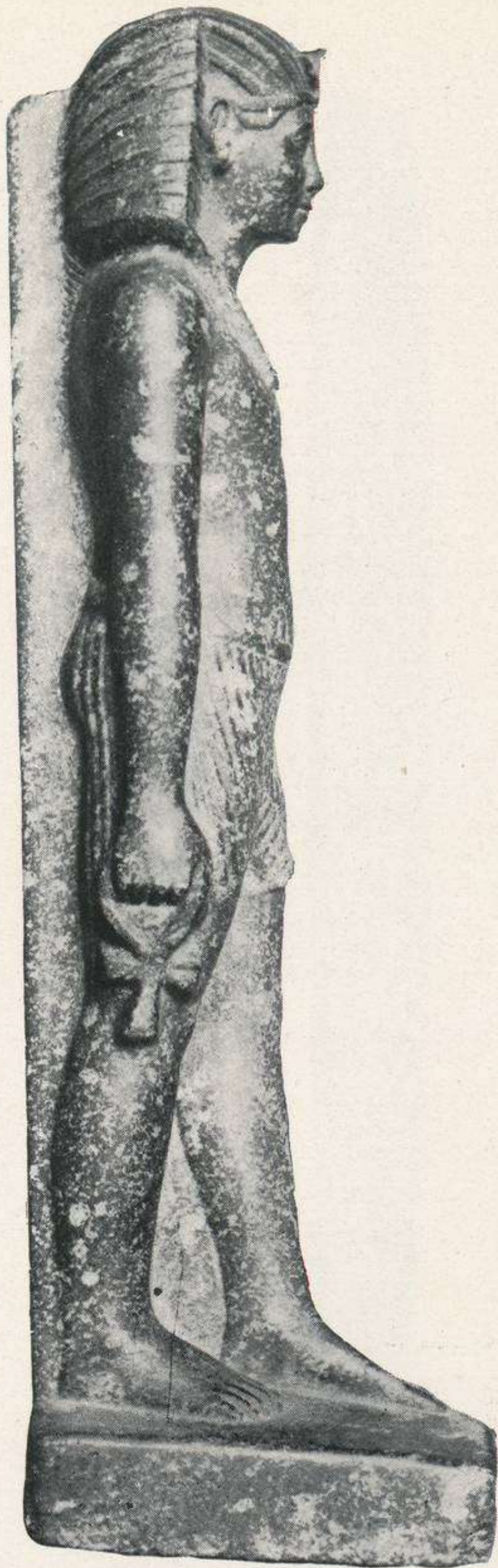
CABEZA HUMANA REDUCIDA, PROCEDENTE DE LOS INDIOS JÍBAROS DEL ECUADOR
DONACIÓN DE S. M. EL REY

Á QUIEN FUÉ OFRECIDA POR EL SEÑOR VIZCONDE DE LA MORERA



ÍDOLO MAYA DE PIEDRA, PROCEDENTE DE LAS RUINAS DE COPÁN (HONDURAS), (ALT. 0,75 M.)
DONACIÓN DEL SEÑOR CONDE DE LAS NAVAS.

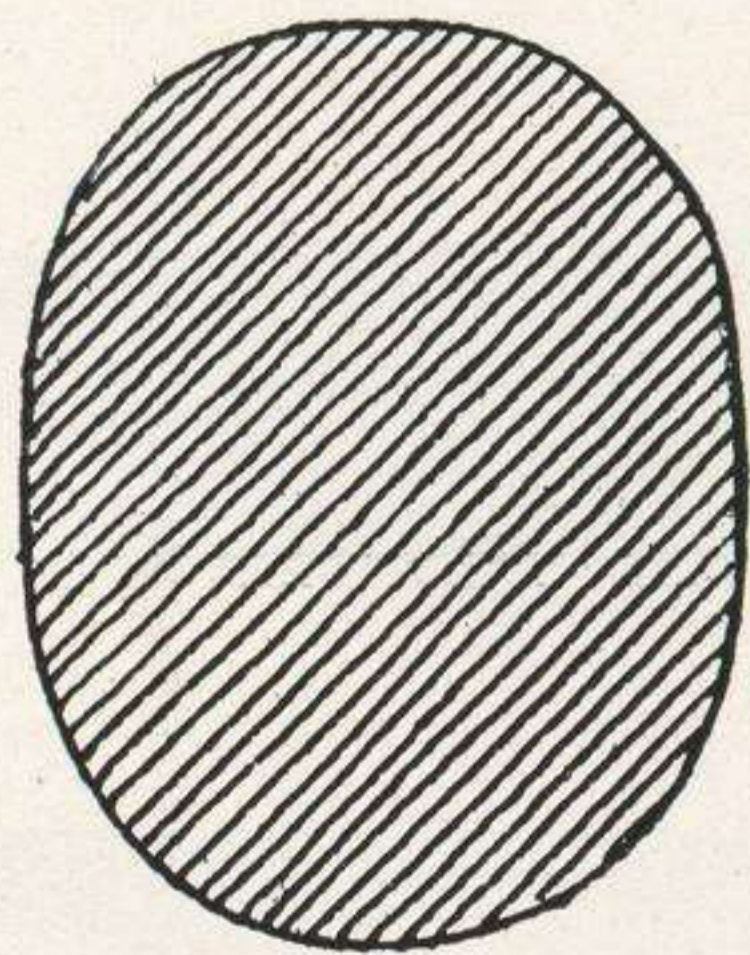




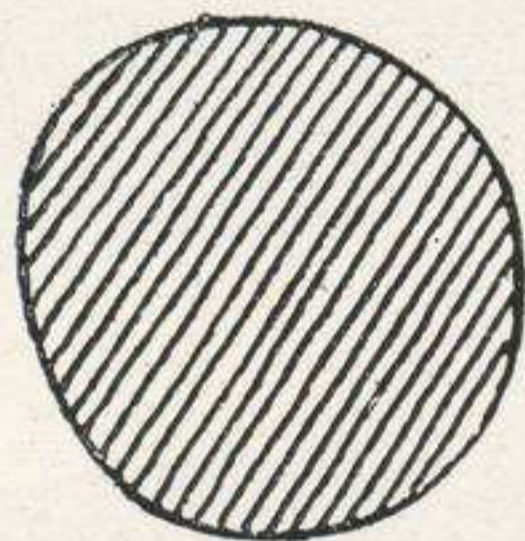
DONACION DE
D^o JOSE E. MARINI
ALEJANDRIA (EGIPTO)

ESTATUA DEL REY TUTANKAMONÚ, DE LA DINASTÍA XVIII.
GRANITO GRIS.—ALTURA 0,54 M.—DONACIÓN DE D. JOSÉ E. MARINI.

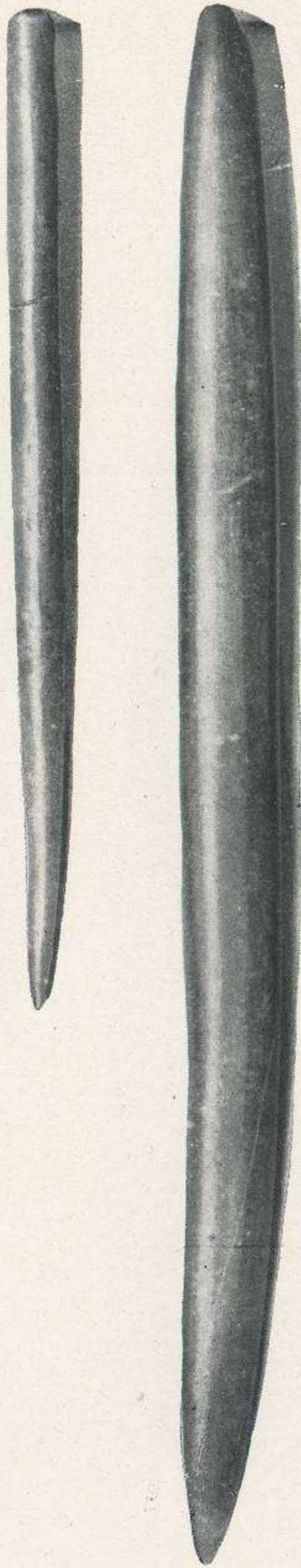
Inv. Seco. 1^a no 32618



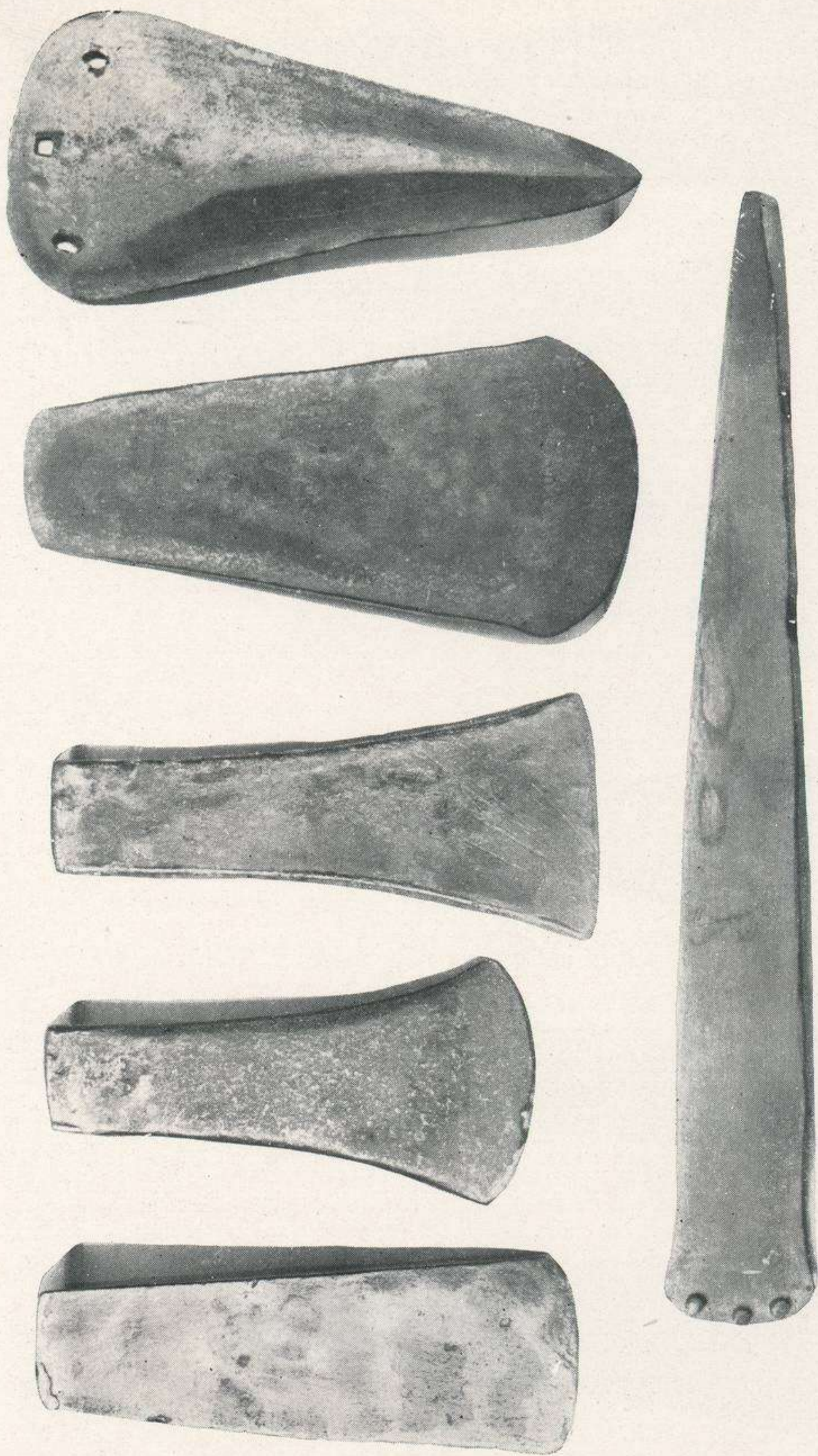
A (SECCIÓN DEL MAYOR, 0,045 M.)



B (SECCIÓN DEL MENOR, 0,025 M.)

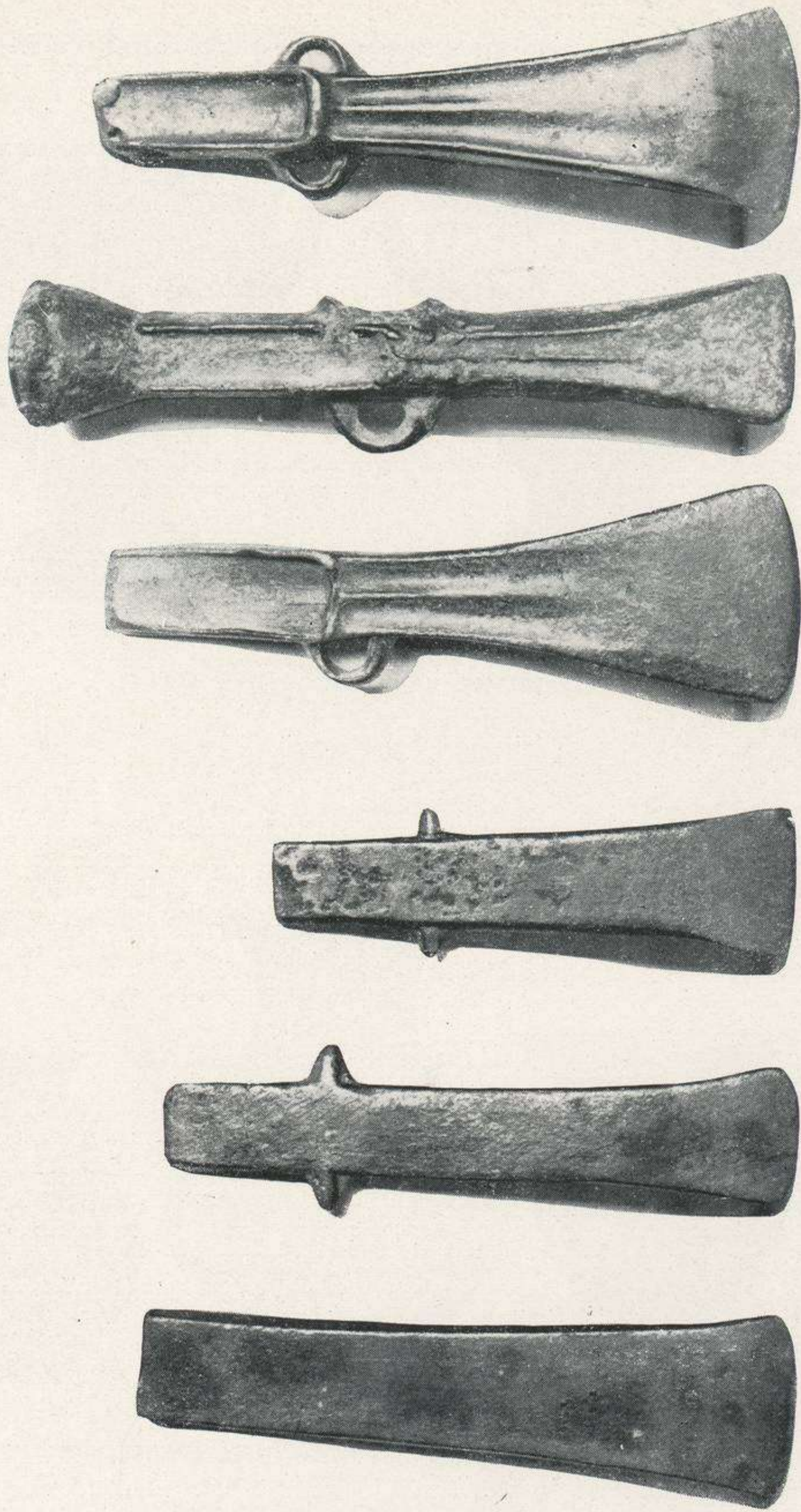


REJONES NEOLÍTICOS DE PIZARRA SILÚRICA DESCUBIERTOS EN EL CERRO DE MATAQUINTOS
EN TÉRMINO DE CORRAL DE CALATRAVA (CIUDAD REAL).
LONGITUDES, 0,71 M. Y 0,45 M.—DONACIÓN DE D. ABEL YÉBENES Y MONESCILLO.



BRONCES ANTERROMANOS.—DONACIÓN DE MR. HORACIO SANDARS.

HACHAS DE COBRE: 1, DE OLIVENZA; 2 Y 3, DE CORUÑA DEL CONDE (BURGOS); 4, DE AGUILAR (CÓRDOBA); 5, ALABARDA, DE AGUILAR (CÓRDOBA); 6, ESPADA, DE LINARES (JAÉN)



BRONCES ANTERROMANOS.—DONACIÓN DE MR. HORACE SANDARS.
HACHAS: 1, DE TORRIJOS (TOLEDO); 2, 3, 4 Y 6, DE CORUÑA DEL CONDE (BURGOS); 5, DE PENA (ASTURIAS)

INST. ESP. DE PREHISTORIA
BIBLIOTECA
C. S. I. C.

[Redacted text block]

[Redacted text block]

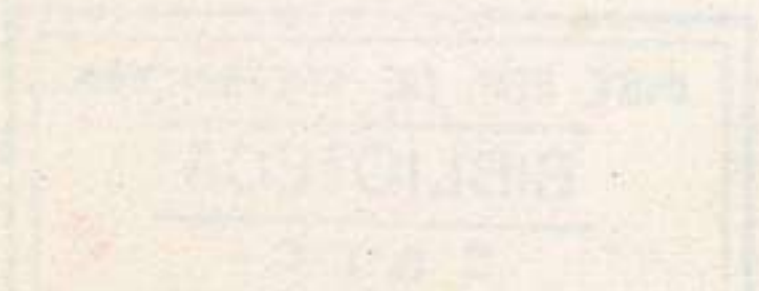
[Redacted text block]

[Redacted text block]

[Redacted text block]

[Redacted text block]

SECRET



ANTIGÜEDADES DE LA NECRÓPOLIS DE TUGIA (JAÉN)



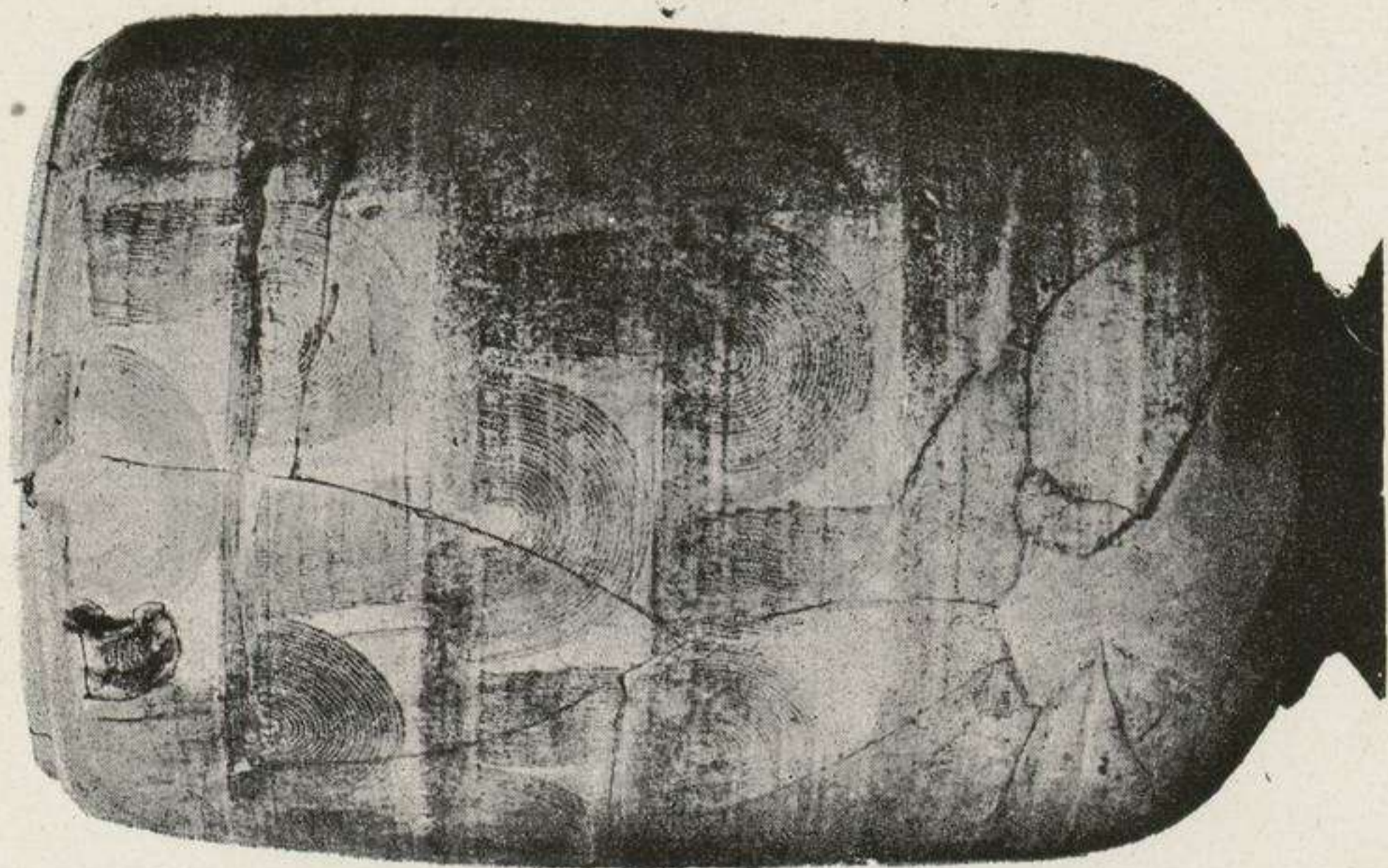
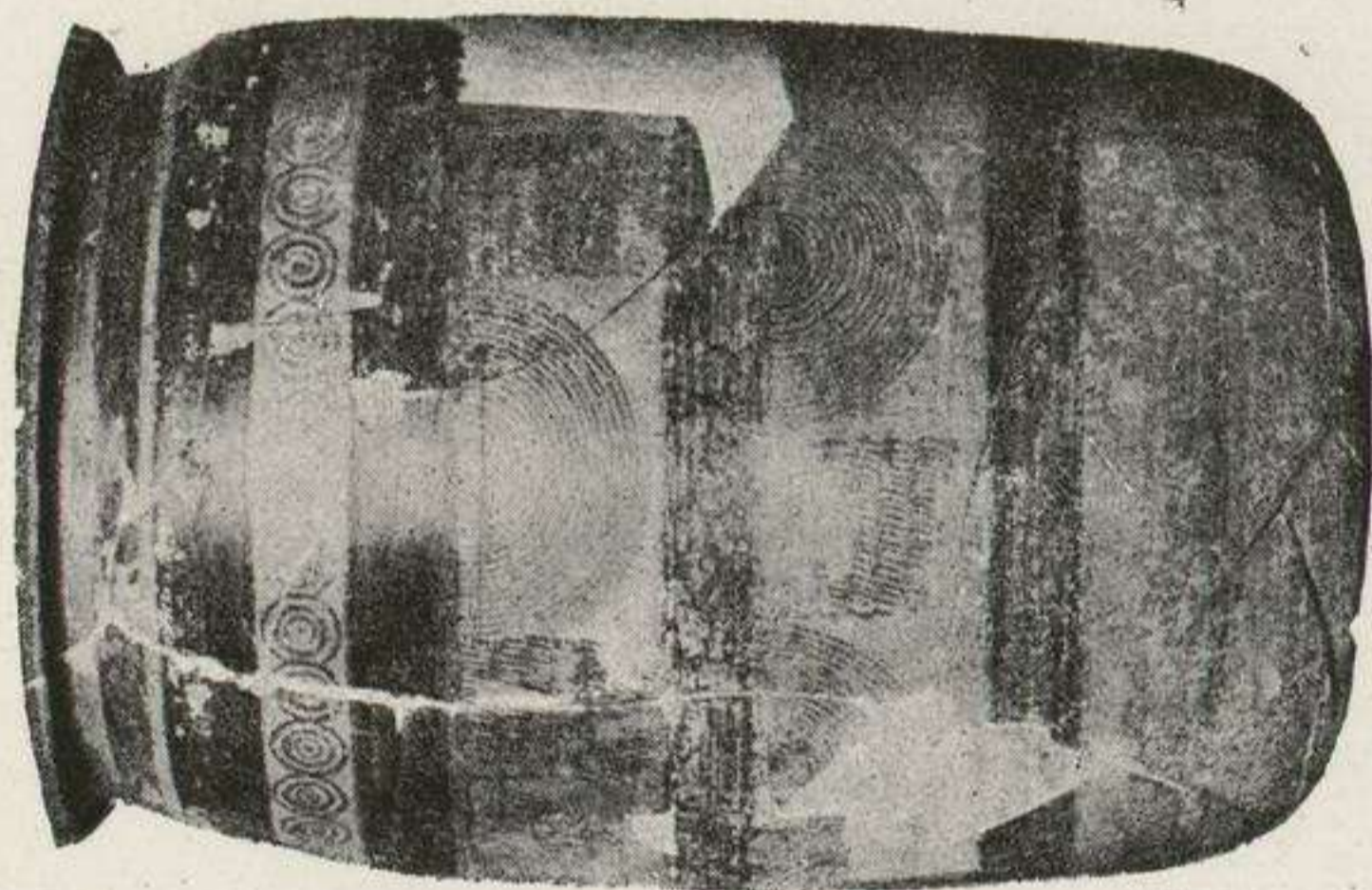
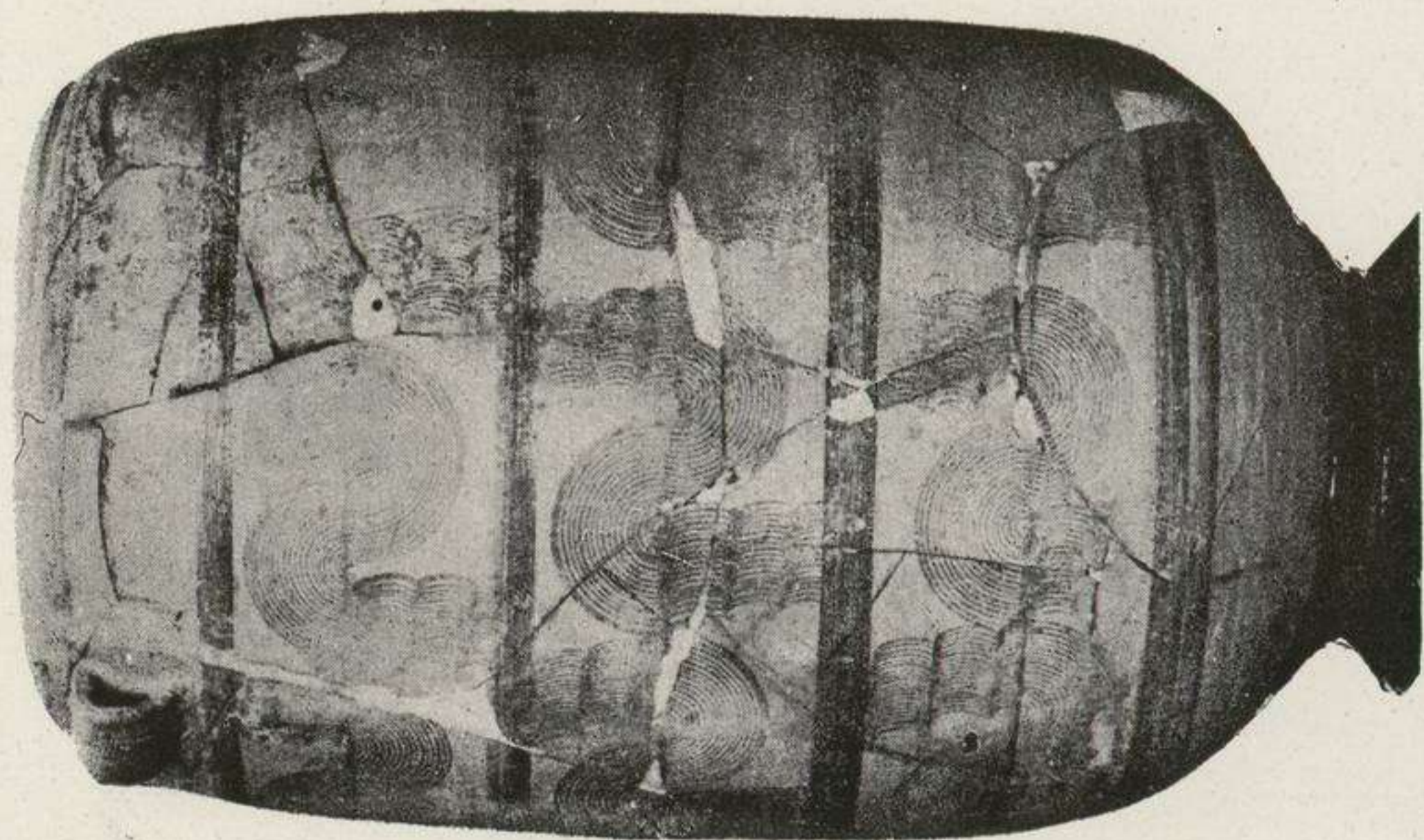
CRÁTERAS ITALOGRIEGAS PINTADAS



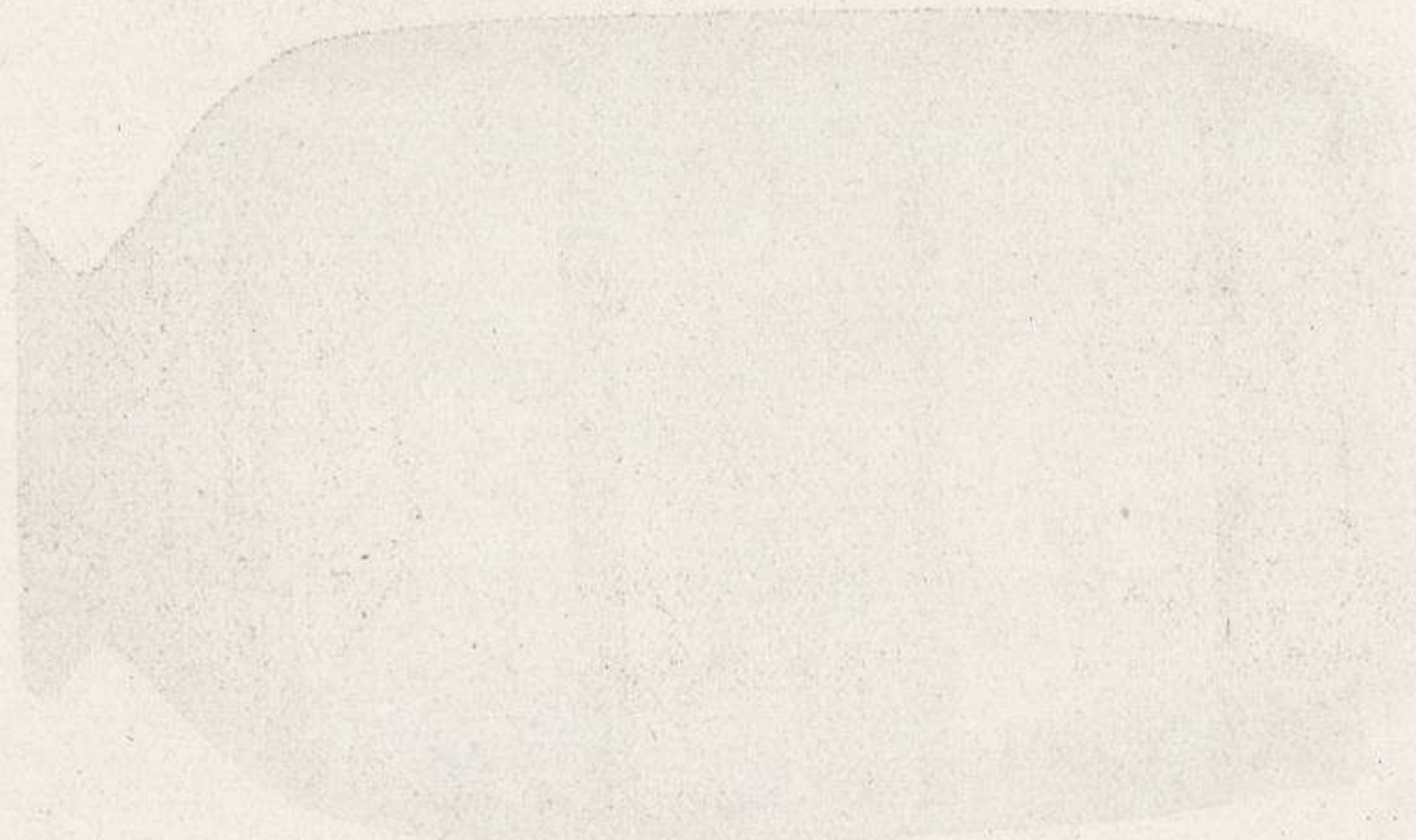
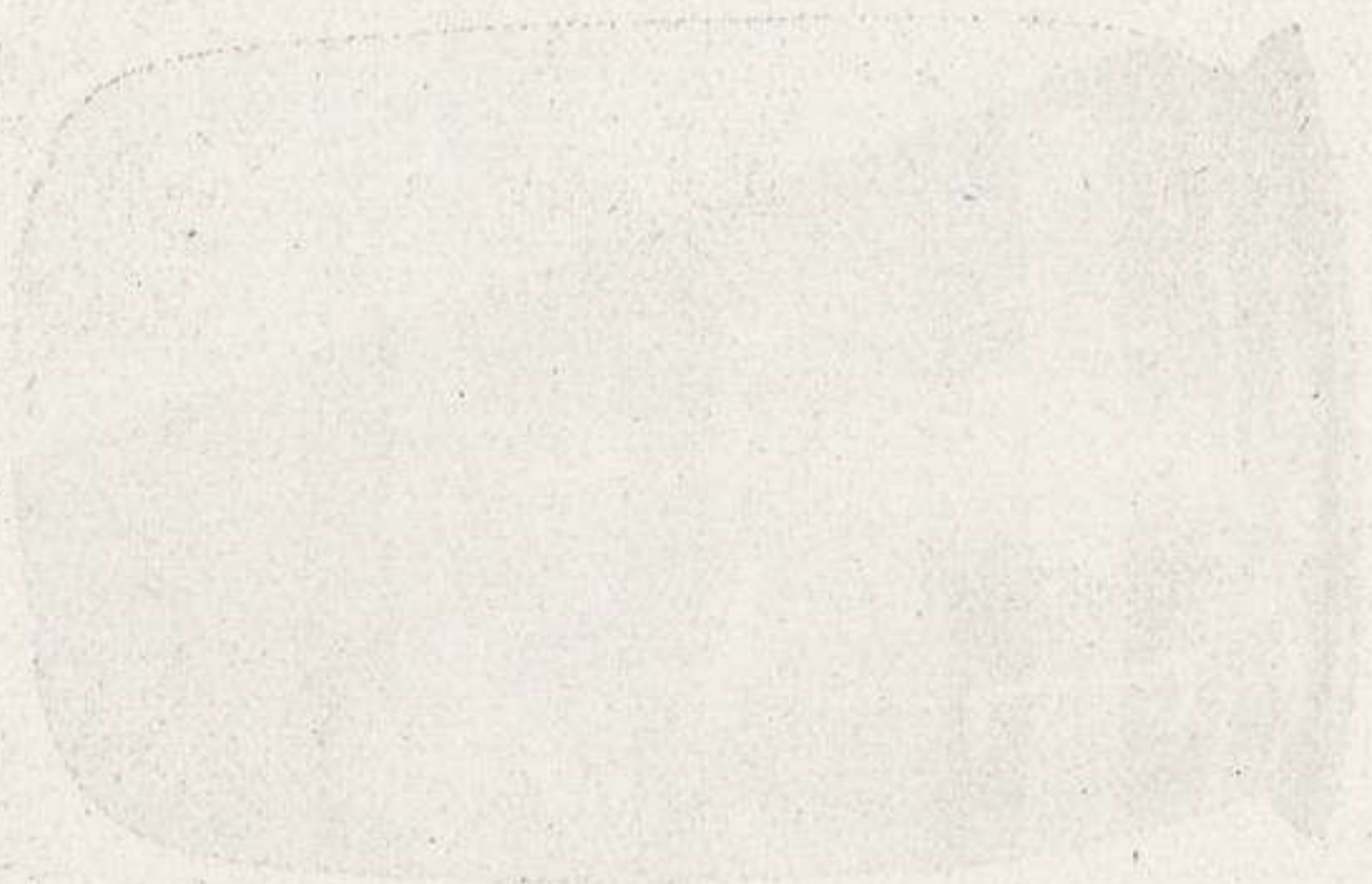
VASOS CARTAGINESES PINTADOS

Museo Arqueológico Nacional.

ANTIGÜEDADES DE LA NECRÓPOLIS DE TUGIA (JAÉN)

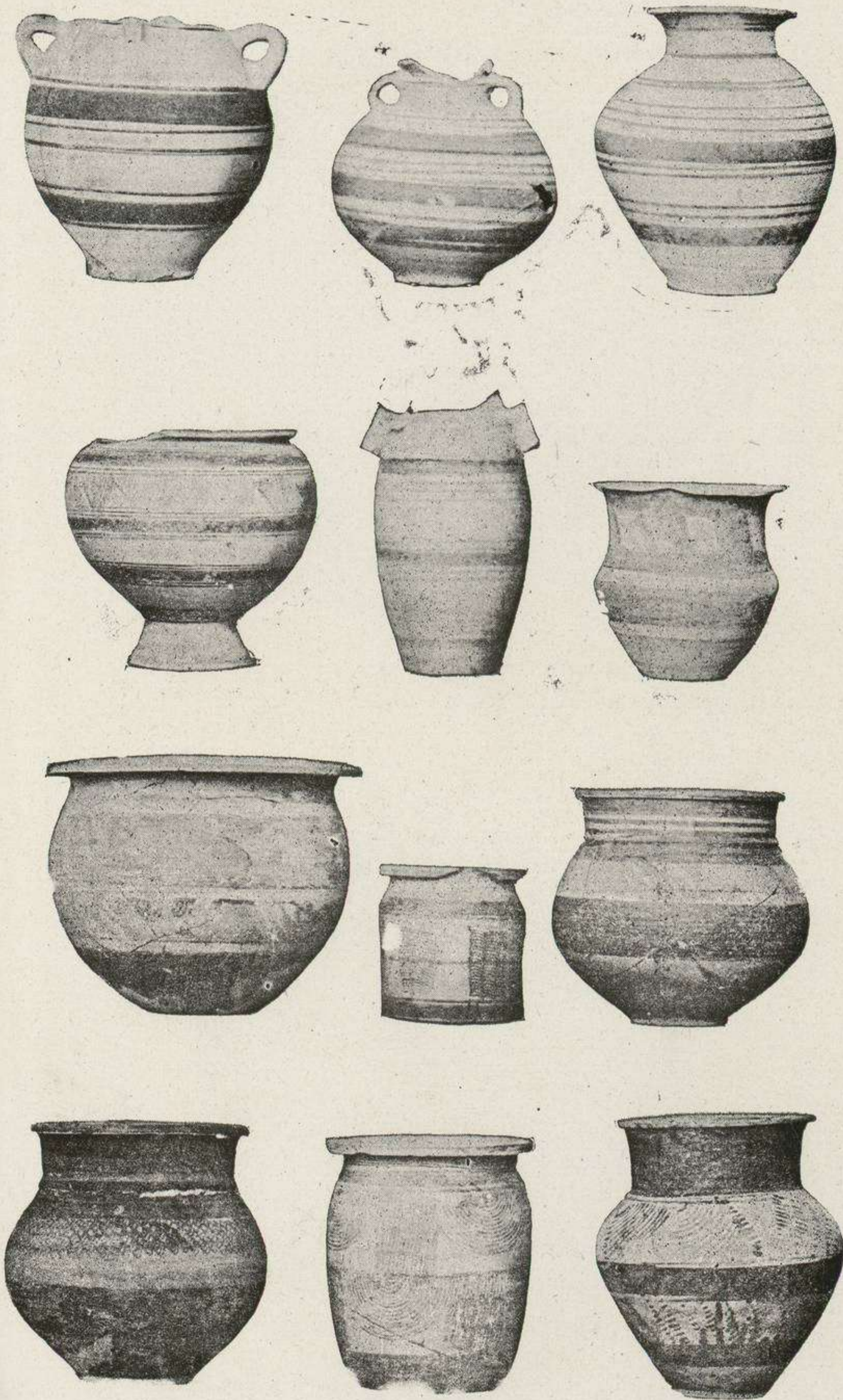


TINAJAS IBÉRICAS PINTADAS
Museo Arqueológico Nacional.



MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

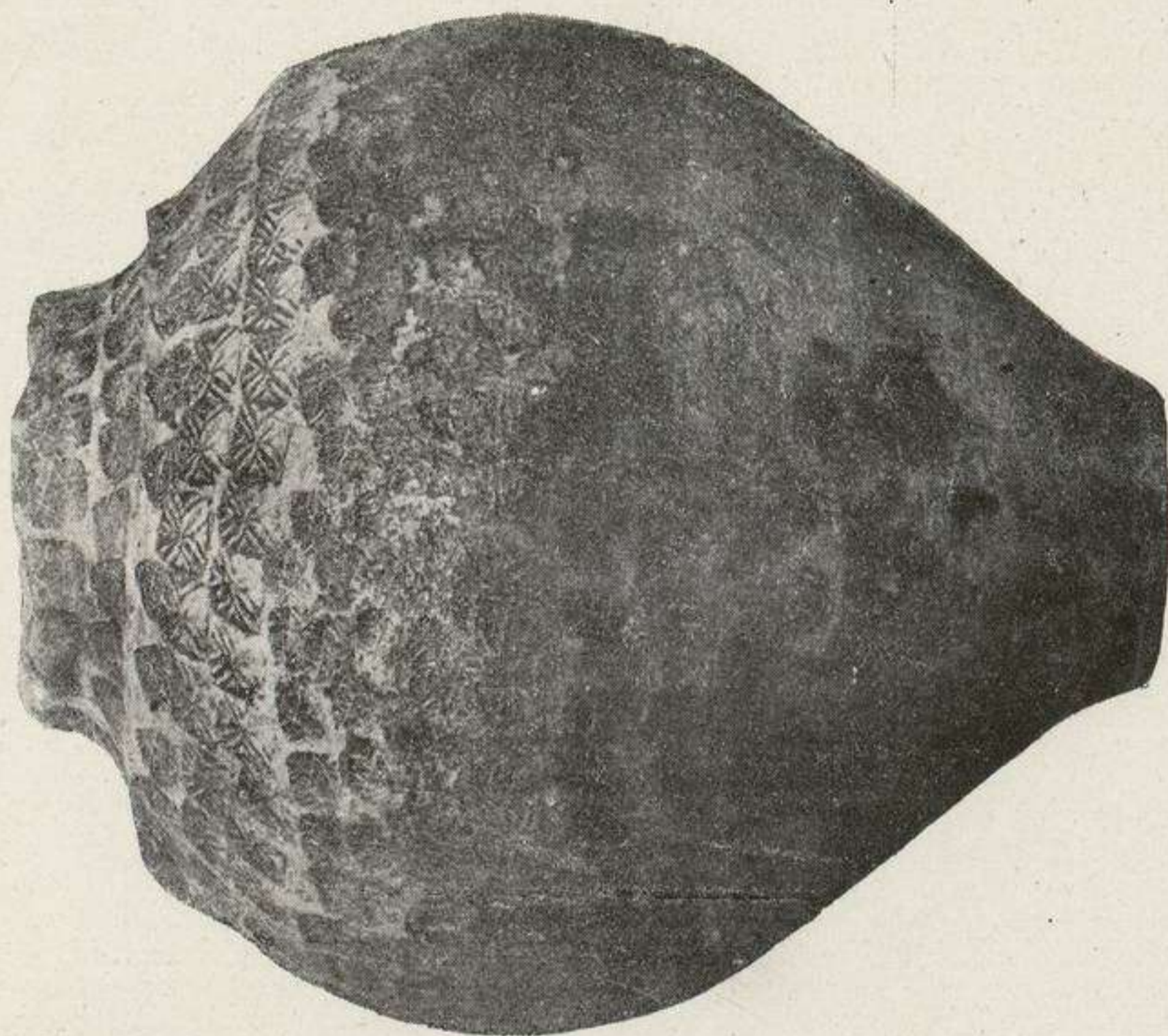
ANTIGÜEDADES DE LA NECRÓPOLIS DE TUGIA (JAÉN)



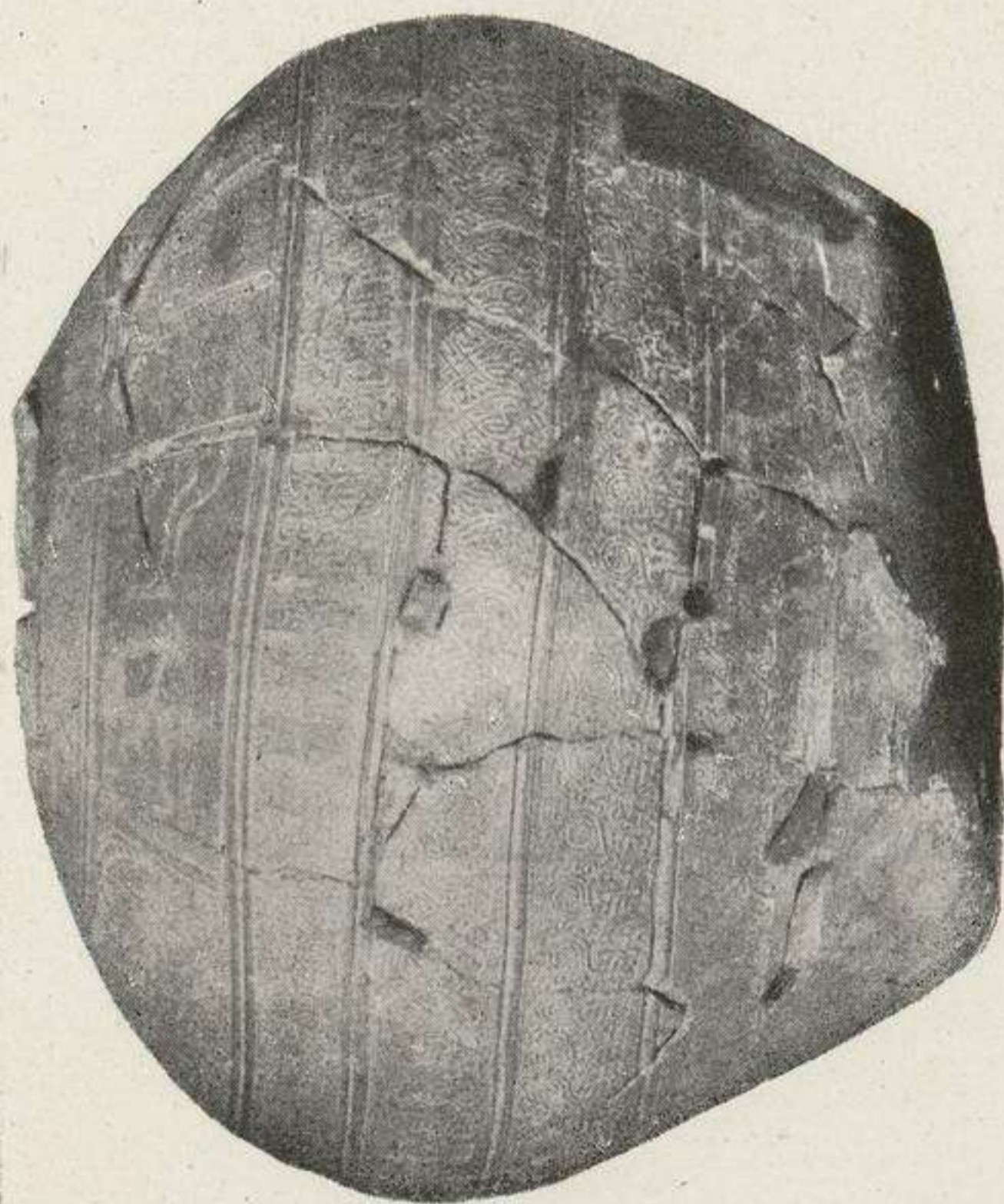
VASOS CARTAGINESES (LOS TRES PRIMEROS Y EL QUINTO) Y VASOS
IBÉRICOS PINTADOS

Museo Arqueológico Nacional.





TINAJA MUDEJAR PROCEDENTE DE VILLARRILLO
(JAÉN)



JARRÓN (INCOMPLETO) ÁRABE GRANADINO
DE BARRO ROJO

Museo Arqueológico Nacional.



BUSTO DEL CONDE DE ARANDA EN LOZA DE LA FÁBRICA DE ALCORA

Museo Arqueológico Nacional.

